El asno de Buridan

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
1917

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elasnodeburidnco02fler

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS
N.º de la procedencia

EL ASNO DE BURIDAN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ASNO DE BURIDAN

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

Roberto de Flers y G. A. de Caillavet

TRADUCIDA Y ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

ANTONIO SOTILLO

Estrenada en el TEATRO LARA de Madrid, el 19 de Octubre de 1912

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

«Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan ajenos que estén en relación con las costumbres del país á que se traduce y expresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente: de donde se infiere que, por lo regular, no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales.»

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO).

«De las traducciones»

*
* *

«... En el traducir es condición esencial, pero mérito secundario, el conocer la lengua que se traduce. Si se trata de traducción propiamente literaria y de obra que lo sea también, las demás cualidades que se exigen son de índole mucho más excelente y rara que el conocer un idioma, ventaja que puede poseer un hombre vulgar medianamente aplicado. Para traducir literatura hay que ser literato; para traducir obras donde el buen gusto tiene que penetrar la idea del arte del autor, se necesita un artista de buen gusto también y hábil para hacer en el propio idioma los primores que el original hizo en el suyo; y si de menos necesita la invención (y aun ésta en cierta parte también es suya) tiene el nuevo trabajo de sujetarse á pensamiento ajeno y de buscar equivalencias en efectos de lenguaje que no siempre parecen fácilmente, y á veces no quieren parecer.

Por eso estaba tan orgulloso Chateaubriand de su traducción de Milton, te-

724593

niéndola por superior en mérito á muchas de sus obras originales famosas.

... Cuando un buen ingenio se enamora de otro que escribió en lengua extraña, viva ó muerta, antigua ó moderna, sabia ó vulgar, y quiere comunicar su entusiasmo á los suyos, trasladando hasta donde es posible la obra de arte concebida por otro hombre y nacida en otro idioma al propio modo de sentir, entender y hablar, entonces es cuando se puede decir que hay una traducción verdadera, es decir, aproximadamente justa.

... ¡Traducir! Empresa que de puro fácil es despreciable, como Cervantes decía, cuando se trata de los que entienden que para tal empeño les basta conocer ambos idiomas. ¡Traducir bien! Empresa muy ardua y que exige, á más de facultades rarísimas, virtudes no menos raras, como la modestia, la resignación y la fe.

... Aquí los literatos desdeñan el trabajo ímprobo que no desdeñó un Valera, ni desdeñaron los Schelegel, ni Goëthe mismo. Cuando en un país hay un renacimiento literario, uno de sus síntomas principales es un gran trabajo de asimilación, mediante el estudio que hacen los más insignes escritores nacionales de los libros extranjeros, pasando á los propios los dechados de arte que nacieron fuera de la patria.»

CLARÍN.

«Nueva Campaña.»

*
* *

«... Y reconózcase nuestra hidalguía al traducir á palo seco las obras. En otro tiempo se revestía el maniquí extranjero con cierta cuquería y pasaba sin dificultad como producto indígena, y aún viven algunos caballeros que logra-

ron nombradía y provecho sin más entrañables esfuerzos. Además, la geografía espiritual exige que no pongamos reparos á ese simpático cosmopolitismo escénico; cada obra nos descubre aspectos de la sensibilidad de un país que no conocemos, costumbres, vicios, manías que ignoramos. Vengan en buen hora las traducciones, si son de autores que tienen el dón de conmover y divertir honestamente—empleo el adverbio en su acepción latina,—y declaremos guerra sin tregua á lo soporífero, á lo licencioso sin ingenio, á lo estúpido con pretensiones, sea ó no español, proceda de Madrid ó del Cairo.»

MANUEL BUENO.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LINA	Sra. Bárcena.
SUSANA	Srta. Pardo.
FERNANDA	Moneró.
JULIA	Seco.
LA BARONESA	Illescas.
ANDREA	La Torre.
LUCIANO	Sr. Palanca.
JORGE	Manrique.
MORÁN	Vargas.
ADOLFO	Arcos.
MIGUEL	Pérez Indarte.
JUAN	Carrere.
UN LACAYITO	Srta. Escudero.

La acción en Saint Lunaire, una playa aristocrática de Francia.—Época actual.—Verano

Indicaciones, del lado del actor

ACTO PRIMERO

En casa de Luciano. Un salón estilo inglés. Muebles claros. Al foro galería de cristales que da al mar (practicable). Puertas laterales. Mesitas y sillas en primero y último término; á la derecha un mueble con flores. A la izquierda una mesita con recado de escribir en segundo término.

—

(En escena LUCIANO, MORÁN, JULIA, la BARONESA, ANDREA y otras SEÑORAS y CABALLEROS. Traje de etiqueta. Julia y Morán en primer término.)

Bar. ¡Una noche deliciosa!...

And. No nos podemos quejar del tiempo.

Bar. ¿Irá usted mañana á las regatas?

Julia ¿Quedamos en que nos ha prometido usted volver antes de quince días? ¡Ni uno más!

Bar. (A Luciano.) ¿Esperan ustedes mucha gente hoy?

Luc. No, señora. Los viciosos de todas las noches, que ya tienen preparadas las mesas de *bridge*... y luego la Bella Regente, la estrella del Casino, que vendrá á cantar algunos *couplets*. ¡Es una verdadera artista en su género!

Bar. (Con temor.) Pero... ¿se puede oir lo que canta?

Luc. (Sonriendo.) Sí, señora, sí... tiene voz, una bonita voz.

Julia (A la Baronesa.) ¿No le he enseñado á usted el regalo de Luciano? (Mostrando una sortija.)

Bar. ¡Preciosa esmeralda!

And — Es una maravilla. ¡Tiene usted un marido muy galante, querida!

Morán — Señora, todos los diplomáticos son galantes.

Luc. — (Señalando á Morán.) ¡Y modestos como ustedes ven!

(Entra FERNANDA y se dirige á su encuentro Julia y Luciano.)

Julia — (Con alegría.) ¡Gracias á Dios, hija mía (Las dos mujeres se besan extremando la nota de cordialidad.)

Luc. — (Besándole la mano.) ¡Buenas noches, señora!

Fer. — No saben ustedes lo que he sentido no poder venir antes. Pero es que tengo la casa llena de parientes de todas partes, del Norte, del Sur... (Sigue hablando con Julia y Luciano.)

And. — (Aparte á Morán, señalando al grupo.) ¡Oh! ¡Es un cuadro de familia comovedor! El marido, la mujer y... el ángel del hogar.

Luc. — (A Fernanda.) Hoy se ha perdido usted una fiesta muy bonita. De veras que ha hecho mal en no acompañarnos.

Fer. — ¿A dónde?

Julia — A bordo del *María Stella*, el *yacht* del Barón de Goldstein.

Luc. — Una ceremonia interesante. Yo no la había visto nunca. Y ha venido el señor Obispo.

Julia — Pero, ¿qué ceremonia ha sido esa, Conde?

Luc. — ¡El bautizo, señora!

And. — ¡Cómo! ¿Se ha convertido el Barón?

Luc. — No, eso nunca. El Barón conservará mientras viva la fe de sus mayores. Pero ha tenido una gran idea. Para no desairar por completo á las señoras de la aristocracia que se habían propuesto bautizarle... ha hecho que bauticen su *yacht*.

Morán — ¡Sí que siento que tengas que privarte de unas distracciones tan piadosas!

Fer. — (Interrumpiéndolo.) ¿Cómo? ¿Se tiene usted que ir, Conde?

Luc. — Iba á anunciárselo á usted. El Ministro me llama. Pero un viaje de ocho á diez días nada más.

Fer. — ¿Y no se les ocurrirá enviarle á la China de Embajador como la otra vez?

Luc. — No, señora. No se trata más que de la

presidencia de una Comisión. Un arbitraje, entre...

Morán Entre Nicaragua y Honduras.

(Los Criados han servido el café en la terraza.)

Fer. ¿Y eso que son? ¿Cigarros?

Luc. No, señora: repúblicas americanas, de esas que andan siempre á zarpa la greña. Total, que voy á aburrirme una semana en París.

Bar. A la vuelta procure usted traernos al bueno de Jorge.

Luc. Por mi parte, con mucho gusto. Pero hace quince días me escribió asegurándome que no puede venir este verano á Saint-Lunaire.

And. ¡Qué lástima!

Luc. Yo también lo siento. Es un buen muchacho El año pasado fué de los nuestros y dejó un recuerdo muy grato. Es un gran elemento.

Bar. Y digo yo: ¿qué es lo que puede obligar á Jorge á quedarse en París?

Luc. ¡Oh! ¡Pues de seguro una mujer, dos mujeres, todas las mujeres del mundo!... ¡Es insaciable! A mi regreso les traeré á ustedes noticias.

Julia Pero, ¿no va usted á tomar café, Baronesa?

Bar. Sí, no faltaba más. El café para mí... (Se dirigen hablando á la terraza la Baronesa y Julia.)

Fer. (En voz baja á Luciano.) De modo que... ocho días sin vernos. ¡Ocho días!

Luc. (Imitándola.) ¡Ocho días! ¡Eres deliciosa, Fernanda! Has dicho eso con una gracia... ¡que no tiene nadie más que tú!

Fer. (Mostrándole una sortija que lleva puesta.) ¡Ah! ¡Esto es una locura! ¿Sabes? ¿A qué santo enviarme hoy esta perla?

Luc. ¿No te gusta?

Fer. Es preciosa. Pero, ¿á qué viene esto? ¿Me quieres decir?...

Luc. Hija mía; hoy es el cumpleaños de mi mujer. Cuando llegue el tuyo, ella también tendrá su regalo.

Fer. (Conmovida.) ¡Eres único! ¡Eres incomparable!

Luc. No... ¡La única, la incomparable eres tú!

(Julia viene á traerle una taza de café á Morán. Fernanda se va á reunir con los de la terraza.)

Julia Morán...

Morán Gracias, señora, muchas gracias.

Luc. (Detiene á Julia y le habla al oído, terminando en voz alta.) ...La más hermosa de todas, y más hermosa que nunca. ¡De verdad!

Julia (Muy satisfecha y risueña.) ¡Pero, hombre, por Dios! ¡Que se van á reir de nosotros! ¿Es que no te acuerdas de que estamos casados?

Luc. ¡Hija, si es que me lo haces olvidar tú...!

Julia (Riendo.) ¡Aprenda usted, Morán!... ¡Eso es galantería! (Se dirige al foro y se queda hablando aparte con Fernanda.)

Morán (Que ha estado observando las dos escenas anteriores.) Chico... ¡Estoy encantado!

Luc. Hombre, ¿sí? Me alegro.

Morán Sí; estoy encantado por Nicaragua y encantado por Honduras. ¡Han tenido suerte esas dos naciones en que seas tú el que hayas de arreglar sus diferencias!

Luc. ¿Y eso?... ¿por qué?

Morán Porque acabo de verte evolucionar aquí, ahora mismo, entre esas dos señoras, y veo que tienes un sentimiento del equilibrio... ¿cómo decirlo?... un sentimiento de la compensación... maravilloso... admirable...

Luc. ¡Psch!

Morán Sí: eres un modelo de maridos, y eres un modelo de ..

Luc. (Interrumpiéndole vivamente.) Ni lo uno ni lo otro.

Morán ¿No? ¿Qué eres entonces?

Luc. Pues yo te lo diré: un artista. Oye, ven, mira. (Mostrándole á Julia y á Fernanda, que hablan separadas en grupo aparte.) Está muy guapa mi mujer con ese vestido... (Del color que sea el que lleve la actriz) guapa de veras; pero, ¿tú sabes á qué le debe su principal encanto? Pues no te quepa duda: á ese otro vestido... (Lo mismo que antes, del color que sea.) que tiene tan cerca. Y la una rubia, y la otra morena. ¡Es el contraste! ¡La armonía! ¡Es la composición del cuadro! ¡Ahí tienes por qué te digo que soy un artista! ¡Y lo soy! No lo dudes. Lo soy. (Julia y Fernanda se van á reunir con las demás que están en la terraza.)

Morán Y... dime, dime... Entre esos dos vestidos, ¿no hay conflicto? ¿No hay celos? ¿No hay...?

Luc. ¡Qué ha de haber, hombre! Y te advierto que los ha hecho la misma modista, y cuestan exactamente lo mismo.

Morán Y tu mujer... ¿no ha sospechado nunca?

Luc. Nada. No se sospecha más que de los torpes, de los indiscretos... Yo tengo suerte... y sé ayudarla.

Morán Eso sí que es verdad. Te admiro, hijo, te admiro. Tú sabes repartir las mismas sonrisas á la derecha que á la izquierda, eres tan amable con.. Honduras como lo has sido antes con Nicaragua...(Las señoras vienen hablando hacia primer término.)

Fer. (Como siguiendo la conversación.) ¿La Bella Regente? Dicen que es muy graciosa... Ahora lo veremos. (Pausa.) ¿Y la niña de ustedes? No la hemos visto hace un mes.

Julia Esa sí que es graciosa. No ha querido comer con nosotros. Debe de estar en el jardín ó en la playa... Vaya usted á saber.

Morán ¿Sigue huyendo de todo el mundo? La verdad es que es una chiquilla muy rara.

Julia No lo sabe usted bien. Y eso que nosotros hemos hecho todo lo posible por domesticarla. Trabajo perdido.

Bar. Esa Lina es muy original. ¡Mire usted que pasarse la vida entre los pescadores!

Luc. ¿Qué quiere usted, señora? La pobrecilla es una salvaje. (A Morán.) ¿Tú no conociste á su padre?

Morán Apenas.

Luc. Era un hombre excepcional, de los que ya no se ven. Nos queríamos como hermanos, y al morir me dejó su hija, que se quedaba sola en el mundo, sin más amparo que yo.

Morán ¿Y hace mucho que se quedó huérfana la niña?

Julia No tenía más que siete años. Desde entonces está con nosotros, y nos hemos portado con ella como si fuera una hija. La enviamos á un colegio de Inglaterra, y desde que ha vuelto, hace un año, unas veces vive aquí y otras en Grandville, en donde su padre le dejó una casa vieja, y el estudio... Ella también pinta.

And. ¿Y no la llevan ustedes nunca á París?

Julia Casi nunca. Dice que no le gusta. Es muy notable.

Bar. En eso debe de haber algún misterio.

And. Eso creo yo también.

Luc. ¿Qué misterio quieren ustedes que haya?

Bar. A su edad... Tal vez algún capricho... Un noviazgo...

Luc. No, señora, no. Lina no es capaz más que de un amor verdadero, profundo...

And. Calle usted... Si es una niña todavía.

Luc. Sí, señora, sí; pero una niña que, desgraciadamente para ella, creo que ha de ser una mujer de corazón... Y esas son las únicas que pueden experimentar ese sentimiento raro, tan raro como una obra maestra. Tenga usted por seguro que si yo viera nacer un amor así, lo ayudaría con toda mi alma.

And. ¡Admirable, Conde! ¡Pero eso es un apostolado!...

Luc. No, señora, no; es un *sport* que me divertiría tanto como á usted la divierte jugar al *golf*.

And. Apropósito... mañana hay que ir al campo de *golf*. Se da una partida interesante.

Fer. ¡Cuánto lo siento! Yo no podré. Estoy buscando una doncella, y mañana han de venir dos ó tres.

(Entra LINA por la derecha á buscar su album de dibujo que halla en un mueble, á la izquierda. Lleva un vestido sencillísimo. Nadie se da cuenta de su llegada.)

Julia (A Fernanda.) ¿Cómo? ¿Ha despedido usted á Luisa?

Fer. (Afirmando.) Sintiéndolo de verdad. Era una buena muchacha. Pero me ha engañado.

And. ¿Sí?

Fer. Entró en casa diciendo que era viuda, sin hijos—porque ya sabía que yo deseaba una doncella soltera—y ahora resulta que tiene un chiquillo de ocho ó nueve años.

Bar. ¡Qué hipocresía!

And. ¡Eso es un escándalo!

Fer. (A Andrea.) No, señora, no. Ya digo que era viuda. Pero, claro, para mantener á su hijo y poderle pagar un colegio, se pasa las noches haciendo encaje. Se mata á trabajar, y, naturalmente, mi servicio...

Bar. No la puede usted tener.

And. Claro que no.

Fer. El sábado se va.

Lina (Se adelanta y saluda á la Baronesa y Fernanda. Las besa.) Buenas noches, Andrea... Buenas noches... (A Fernanda.) Perdone usted, señora... ¿Quiere usted decirme cómo se llama esa pobre muchacha?

Fer. Y .. ¿para qué quiere usted?...

Lina Voy á tomarla yo. (Pausa. Las señoras se quedan mirándose unas á otras.) Sí; necesito una doncella Esa me gusta... y la tomo. Creo que no tiene nada de particular.

Julia ¡Eso es una indiscreción, Lina!

Lina No sé por qué. ¿No soy libre? Puedo hacer lo que quiera. Y además... ¡Estoy tan mal educada! Todo el mundo lo dice... Y es preciso que yo lo pruebe. Esa infeliz sale ganando con ello. ¿Cómo se llama, si me hace usted el favor?

Fer. Luisa.. No recuerdo el apellido... Pero le advierto que no podré darle buenos informes...

Lina No hace falta. Los acaba usted de dar excelentes. Muchas gracias, señora.

Fer. (Secamente.) No hay de qué.

Julia (Irritada.) Perdone usted, Fernanda, perdone usted. (A Lina.) Como acaba usted de decir, Lina, es usted libre, sí. Pero creo que de vez en cuando debiera usted acordarse de que no está en su casa. Supongo que su padrino no dejará de... hacérselo comprender. (A Fernanda.) Perdónela usted, querida. Las mesas de *bridge* deben estar ya dispuestas en el *hall*. Vamos, que hoy tenemos verdaderos campeones. (Salen todos hablando, menos Lina y Luciano. Ella se ha quedado inmóvil con las cejas fruncidas.)

Luc. (Benévolo, compasivo.) Lina....

Lina (Secamente.) ¿Qué?

Luc. Oye, no te voy á reñir... Eso me duele, me contraría, es una cosa muy desagradable para mí. Pero, la verdad, es que tú .. eres...

Lina Soy como Dios me ha hecho.

Luc. Vamos á ver: ¿á qué ha venido esa *tragedia?* ¿Tú no sabes que en el mundo hay que reir-

se de muchas cosas, del mayor número de cosas posible?

Lina Yo no sé reirme.

Luc. Pues mira, será preciso que aprendas.

Lina No; eso me parece una cobardía.

Luc. Hija, por Dios. Eres intolerable.

Lina Sí. Confieso que tengo un carácter imposible.. pero ¿qué le vamos á hacer? Lo tengo.

Luc. Bueno, hija, bien. Pero algo hay que sacrificar á los demás, para que nos paguen en la misma moneda. ¡Sí esa es la vida!... ¿A tí te parece, por ejemplo, que ese vestido, en un día como hoy?...

Lina ¿Qué tiene? Está muy bien este vestido.

Luc. No seas terca, mujer. Si tú sabes que no tienes razón. Esta noche ha de venir mucha gente al concierto. Debes irte á arreglar un poco.

Lina ¿Y quiere usted que me vuelva á vestir otra vez? De ninguna manera. Prefiero acostarme ahora mismo. Además, no sabe usted lo que me cargan esos trajes de odalisca.

Luc. (Perdiendo la paciencia.) Pero hija de mi alma, ¿tú no comprendes que esto no puede continuar así?

Lina No, si no continuará. Pierda usted cuidado. Me voy.

Luc. ¿A dónde te vas?

Lina A mi casa; á Grandville.

Luc. ¿Y cuándo va á ser eso?

Lina Mañana mismo.

Luc. Bueno, mira... Acabemos de una vez. ¿Quiéres decirme qué significa todo esto? Tú no eras así hace un año. Pasamos el verano aquí también, y yo te veía siempre muy contenta, siempre de buen humor.

Lina No me acuerdo.

Luc. Dábamos unos paseos deliciosos, nos íbamos á pescar con el bueno de Jorge y tú te divertías mucho y charlabas con todo el mundo. ¿No te acuerdas?

Lina (Sombría.) No, ya he dicho que no.

Luc. De modo que... ¿No me quieres decir lo que tienes? ¿No quieres decirme lo que te pasa?

Lina No tengo nada, no me pasa nada. Mañana

me iré en el tren de las once. (1) *Puedo poner ahora mismo un telefonema y saldrá el coche por mí á la estación.

Luc. Está bien. Como quieras. Pero ya sabes que me das un disgusto.

Lina No...*

Juan (Por la izquierda con una carta.) Una carta que han traído para el señor, del Hotel de las Rocas. (Se la entrega.) Hace ya media hora que se la dejaron á Miguel, pero no se acordó de subirla. (El Criado se retira.)

Luc. (Que ha abierto la carta.) ¡Hombre, qué sorpresa!... ¿Sabes de quién es? De Jorge. Acaba de llegar. (Leyendo.) «Llego en este momento al Hotel. Me lavo, cambio de traje y antes de cinco minutos me tienes ahí.» ¡Qué notable! Sí que me alegro de que venga. Y mira... Puesto que te empeñas en dejarnos, podemos decirle que se quede aquí; ya tiene habitación.

Lina ¿Le quiere usted dar mi cuarto?

Luc. ¿Por qué no?

Lina ¿Mi cuarto? ¡Eso podíamos hacer!... ¡No faltaba ya más que eso! ¡El colmo!

Luc. Pero hija... no te entiendo.

Lina No, señor, no. Yo no quiero que le den á nadie mi cuarto. Prefiero quedarme... ¡así prefiero quedarme! Siendo así, no me voy.

Luc. ¡Ah!... ¿De modo qué?...

Lina Sí, señor. Prefiero quedarme, antes que consentirlo.

Luc. (Empezando á comprender el misterio de Lina.) ¡Ah! Vamos... ya...

Lina Por supuesto... que dos ó tres días nada más. (Se dirige hacia la derecha.)

Luc. Bueno, mujer... me alegro... ¿Y á dónde vas ahora?

Lina ¿A dónde quiere usted que vaya? Pues á ponerme otro vestido ya que usted me obliga.

Luc. ¿Yo?

Lina ¿No acaba usted de decirme que estaba hecha una facha con éste? Yo no necesito que me digan las cosas más que una vez. No

---

(1) Puede suprimirse en la representación la parte de diálogo que aquí se indica entre dos asteriscos.

quiero que nadie tenga nada que echarme en cara. No, señor. Hasta ahora. (Vase.)

Luc. (Se queda mirándola hasta que desaparece; con gesto de compasión.) ¡Pobrecita Lina!... (Dándole un golpe á la carta que todavía conserva en la mano.) ¿Y será posible que el majadero este?...

(Entra JORGE por el foro.)

Jorge (Corriendo á abrazarle.) ¡Mi querido Luciano!

Luc. ¡Querido Jorge!

Jorge Acabo de saludar á esas señoras... y aquí me tienes, buscándote por toda la casa para darte un abrazo. ¡Querido Luciano! (Abrazándole.)

Luc. Doble sorpresa, chico. Porque no te esperaba tan pronto.

Jorge ¿Cómo que no? Si te envié dos letras hace más de una hora.

Luc. Sí, pero las acabo de recibir. ¿Sabes que te encuentro muy bien?

Jorge ¿He adelgazado, (1) verdad? ¡Estoy mucho mejor!

Luc. Mucho mejor. ¡Y no sabes lo que me alegro de que hayas venido! ¡De verdad que me alegro!

Jorge Siempre tan amable, tú siempre igual.

Luc. (Estrechándole las manos.) Ven aquí... ven... Mírame... No te muevas. (Mirándole fijamente.) Mírame... ¡Parece mentira!

Jorge ¿Qué?

Luc. No, nada...

Jorge Sí, ¡ya lo has conocido!... ¡ya lo has adivinado! *Tú tienes un golpe de vista. En seguida lo has descubierto...*

Luc. ¿Qué?

Jorge ¡Que soy otro hombre, otro hombre completamente distinto!

Luc. ¿De veras?

Jorge Lo que oyes: otro hombre. No me vais á conocer.

(Entra MORÁN por el foro.)

Morán ¿Es verdad que tenemos aquí á Jorge? (Yendo á abrazarle.)

Jorge Sí, querido, sí. ¡Un Jorge nuevo, flamante, *derniere creation*: última novedad!

---

(1) O «Estoy más grueso», según el aspecto físico del actor.

Morán Pero vamos á ver, cuéntanos. ¡Tanto tiempo sin vernos! ¿Qué es lo que te ha sucedido?

Jorge ¡Todas las desgracias imaginables!

Luc. ¡Ah! ¡Eso debe ser muy gracioso! (Sentándose. Los otros hacen lo mismo.)

Morán ¿Vas á contárnoslo todo, eh?

Jorge ¿Que si voy á contarlo? ¡Pues si no vengo á otra cosa! ¡No podéis imaginaros los esfuerzos que he tenido que hacer para no contárselo á los que venían conmigo en el *sleeping!* ¡Oh! ¡Es un diluvio de historias!

Luc. ¿De mujeres?

Jorge Naturalmente. Las historias en que no hay mujeres, no son historias...

Morán ¡Pero, basta de preámbulos, hombre!

Jorge Es verdad... Aquí donde me veis. . ¡acabo de dejar sumidas en el mayor desconsuelo á tres señoras! Porque os advierto que ayer mañana todavía estaba yo enamorado de las tres! ¡Y las tres locas por mí!

Morán ¿Nada más que tres? ¡Eres tremendo, hijo! ¡Eres!...

Jorge ¡No!... ¡Si ya lo comprendo! Claro es que dicho así... ¡Tres! Parece una cosa enorme. Pero como... en la vida no se ven más que de de una en una, y como además cuando tienes á una delante, maldito si te acuerdas de las otras dos... resulta...

Luc. Que tienes razón. Pero sigue, sigue: ¿Las conocemos nosotros?

Jorge (Con mucha gravedad.) ¡Calla, hombre! ¡Qué habéis de conocer! Es un secreto que no he de revelar jamás.

Morán Naturalmente. . Pero la *clase*... vamos á ver... el *género*...

Jorge ¡Ah! Eso sí. Superior. Número uno: la gran señora, una dama de la más alta aristocracia. .

Luc. (Interrumpiéndole.) Sí, la Duquesa de Alban.

Jorge (Sorprendido.) ¿Cómo?... ¿Tú sabías?...

Luc. Claro; me lo habías dicho tú.

Jorge (Tranquilamente.) ¡Ah! ¡Vamos, ya!... Número dos: una rubia de Nueva-York, que vale..

Morán (Interrumpiéndole.) Miss Tipson.

Jorge (Vivamente.) ¿Te lo había dicho yo?

Morán No.

Jorge ¡Hombre! ¿No te lo había dicho yo? Parece mentira... Bueno, á la tercera ya la puedo nombrar. No hay indiscreción, porque se trata de una de las conocidas: María Mora.

Luc. Adelante. Venga el suceso.

Jorge ¡Que yo no sé cómo demonios ha descubierto la duquesa mi... traición con las otras dos! El caso es que ayer mañana, cuando iba yo como todos los días á ofrecerle mis respetos... ¡Allí las tres, hijos míos! ¡Allí en su casa, esperándome las tres!

Luc. (Riendo.) ¡Un tribunal de honor!

Morán (Idem.) ¡Y tú, muerto de miedo!...

Jorge Bueno, mira... Ya lo hemos convenido ahora mismo: una mujer no es nada, pero ¡tres mujeres! ¡Tres mujeres juntas, á la vez, en una misma habitación! .. ¡Ríete de todos los domadores de fieras habidos y por haber!... ¡Excuso deciros esta mañana... cuando ya me he visto en el tren, y el tren ha salido por fin de la estación (con retraso, pero ha salido) el peso que se me habrá quitado de encima!

Morán Muy bonito. ¿De modo que huyes y las abandonas cobardemente, sin despedirte siquiera?

Jorge No, eso no. Les he puesto tres telegramas.

Morán ¿Y qué les dices?

Jorge A las tres lo mismo. «No ha sabido usted comprenderme. ¡Qué tristeza! Adiós.»

Luc. Y... eso, ¿qué quiere decir?

Jorge ¡Ah! ¡Yo qué sé! Eso es cosa suya. Que lo averigüen ellas. A mí me pareció que estaba muy bien. ¡Ha sido un escrúpulo de conciencia!

Morán Pues oye... ¿sabes que por esos escrúpulos... supongo que no habrás tenido que pagar exceso de equipaje?

Jorge ¿Qué queréis? Yo no sé romper, no sé despedirme, no sé cortar unas relaciones. Eso exige decisión, firmeza, y yo no la tengo. Mucho menos ahora que, desgraciadamente se va agravando mi enfermedad.

Morán ¡Ah! Pero, ¿es que estás enfermo?

Jorge Sí, hombre, sí, enfermo de la voluntad. ¿No

lo sabías? Pues sí, hombre, muy malo, cada vez peor... Es una forma de la neurastenia. Y ella tiene la culpa de todos los disparates que cometo. Lo esencial es que ya se acabaron las locuras. ¡Basta de líos! ¡Basta de mujeres, que le complican á uno la vida! (A Luciano.) ¿No te parece bien mi programa?

Luc. Excelente, querido, admirable. ¡No sabes lo que celebro ese cambio de ideas! ¡Me das un verdadero alegrón!

Jorge Ya lo suponía. Tú me quieres de verdad. Eres un buen amigo. Gracias. (Le abraza.)

Morán ¡La vuelta del hijo pródigo! ¡Conmovedor! (Cambiando de tono.) Bueno; si os parece ya podíamos ir á hacerles compañía á esas señoras...

Jorge Sí, vamos. (Morán, vase foro.)

Luc. No, estarán ahora muy entretenidas con su *bridge*. (Le da un cigarrillo.)

Jorge Gracias.

Luc. Supongo que no te quedarás en el hotel.

Jorge No; quiero buscar una casita por aquí cerca.

Luc. Por eso te lo preguntaba. Ya la tienes. He visto un *chalet* muy elegante, «Las Algas», junto al Casino, con un jardín precioso.

Jorge Hombre, muy bien.

Luc. Pero te advierto que lo pueden alquilar de un momento á otro. Mira, lo mejor es que le pongas dos letras ahora mismo al dueño. Ven aquí. (Acercando una silla á una mesita pequeña que habrá á la izquierda pegada á la pared. Jorge se sienta á escribir de espaldas á la escena.)

Jorge ¿Cómo se llama el dueño?

Luc. Emilio Gurní, Chalet Ruso. No vayas á creer que se trata de ningún palacio, pero está bien.

Jorge Con tres habitaciones ó cuatro tengo bastante. Y luego, eso de «Las Algas» es un nombre bonito, muy bonito...

Luc. Sí.

(Cerca del foro, ve que LINA llega por la derecha y se aleja de puntillas. Jorge sigue escribiendo sin advertirlo.)

Jorge (De espaldas á Lina.) Lo que más me gusta es que tenga jardín. Porque para mí las flores... ¡Me gustan casi tanto como las mujeres!

(Lina toma una flor de un jarrón que hay en un mueble junto á la puerta por donde acaba de entrar y se la prende en el pecho; él sigue escribiendo.) «Emilio Gurní, Chalet Ruso.» (Cierra el sobre.) Ya está... ¿Y crees tú que me ha de gustar la casa, eh?

Lina No lo sé.

Jorge (Se vuelve sorprendido y se dirige rápidamente á ella.) ¡Eh! ¿Cómo? ¡Lina! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo está usted, Lina?

Lina Bien. ¿Y usted?

Jorge ¡Cuánto me alegro de que nos volvamos á ver!

Lina Yo también me alegro.

Jorge ¿Sí?

Lina Sí, señor; mucho.

Jorge Gracias, Lina. Pero está usted ya hecha una mujer... muy bonita... ¡Y, sobre todo, la encuentro á usted mucho más amable!

Lina Eso quiere decir que antes no lo era...

Jorge No, señora, no.

Lina ¡Sí, señor, sí! ¡O es que no sabe usted lo que se dice!

Jorge ¡Ay! Perdone usted, Lina. Me equivocaba. ¡No ha cambiado usted ni poco ni mucho!

Lina ¡Ah! Pues no le sucede á usted lo mismo.

Jorge (Satisfecho.) ¿Verdad que sí? ¿Me encuentra usted muy cambiado, verdad?

Lina Sí, señor; está usted mucho más grueso (1).

Jorge (Dejando caer los brazos con desaliento.) ¡Es maravilloso! ¡Lo único que me desespera en este mundo! ¡Y usted lo descubre al primer golpe de vista! ¡Es un don!

Lina Perdóneme usted. No se lo he dicho para mortificarle...

Jorge Vamos, menos mal.

Lina No; se lo he dicho porque es verdad.

Jorge Pero diga usted, niña, ¿va usted á seguir mucho rato?...

Lina Claro que voy á seguir. ¡Lo poco que nos queda de verano! Ha venido usted este año tan tarde...

Jorge Pero, Lina, usted es una mala persona.

Lina Sí, señor. No tengo más remedio que serlo.

---

(1) O «Está usted mucho más flaco».

Jorge ¡Hombre! ¿Y por qué?

Lina Porque me obligan.

Jorge ¡Ah! ¿Sí? La obligan á usted á ser...

Lina Sí. A mí nadie me quiere. Y entre ser una infeliz ó... una mala persona, como usted dice, prefiero que me odien á que me compadezcan.

Jorge Es una lógica...

Lina Muy sencilla. Mire usted, si yo fuera cariñosa y amable y condescendiente con todo el mundo, me daría mucha pena que los demás no lo fueran conmigo. Mientras que siendo como soy desagradable y antipática... Un gato montés—porque lo soy—me parece muy natural que la gente huya de mí. Lo merezco y me resigno.

Jorge Pero vamos á ver, ¿qué quiere decir todo eso?

Lina (Cambiando de tono.) Nada. Tonterías.

Jorge Empecemos porque no tiene usted razón. Luciano la quiere á usted mucho.

Lina No me lo ha dicho nunca. Acabemos porque me aburre usted si se pone á hablar en serio.

Jorge Pero... ¡qué singular criatura es usted, Lina!

Lina Sí. No soy un angelito de confitería de esos que colocan encima de los ramilletes con una banderita en la mano. No, señor.

Jorge ¿Y qué es usted entonces?

Lina Un pintor de marinas como mi padre.

Jorge Es verdad. Y una verdadera artista. ¿Tiene usted alguna cosa en estudio?

Lina Sí; un cuadrote muy grande que no va mal. Hay pasta. No es más que un esbozo aún. Lo acabaré en Grandville.

Jorge ¿Este invierno?

Lina No... (Observando el efecto que producen sus palabras.) Me voy dentro de cinco ó seis... ó quince días.

Jorge (Indiferente.) ¡Ah! ¿Se va usted? Pero, ¿me enseñará usted el cuadro antes de irse?

Lina (De mal humor.) No, no le puede gustar á usted.

Jorge Y ¿por qué no?

Lina Porque á usted yo creo que debe darle por la miniatura. ¿No hace usted colección

de esmaltes? Pues yo sé que le gustan á usted mucho las señoras que se pintan.

Jorge ¡Bueno! .. ¡Bien!... Y diga usted, Lina, cuando no tiene usted ninguna tela que pintar, ni al pobre Jorge para divertirse á costa de alguien... ¿se aburrirá usted mucho?

Lina No, señor. Cuando me canso de pasear por la costa me voy á reunir con mis amigos los pescadores—unos amigos más verdaderos y más leales que los del gran mundo—y me meto en la primera barca que sale al mar, como uno de tantos y no de los que menos trabajan, ¿eh? Mire usted, ahora el lenguado se da muy bien, pero la merluza...

Jorge Eso es de un interés palpitante.

Lina No; ya sé que estas cosas no le importan á usted. Para usted todo lo que no sea una góndola, un esquife ligero...

Jorge No tanto, no tanto. Mire usted, hace un mes fuí á las regatas de Cowes en el barco de un amigo, y crea usted que...

Lina ¡No, si eso no me sorprende!... El caso es lucir, en la cubierta de un *yacht*, el último figurín de Londres y una gorrita blanca, muy elegante, para poder hacerse luego un centenar de postales... y deslumbrar á las amigas. ¿No es eso?

Jorge ¡Muy bonito! ¡Muy gracioso!... Pero eso no impide que á mí me guste el mar.

Lina ¡El mar! ¡No hable usted de eso, infeliz!

Jorge ¿Por qué no?

Lina (Con firmeza y entusiasmo creciente.) Porque no lo conoce usted. No está en los salones que usted frecuenta. Para saber lo que es el mar es preciso haber ido como yo muchas veces en una barcaza desvencijada, á tender la red con unos marineros impasibles y un viejo patrón que, á fuerza de permanecer días y días entre el cielo y el agua, ha llegado á olvidarse hasta de cómo hablan las personas... Y es preciso haber visto de cerca lo que son huracanes y tempestades: haber tenido que aguantar las bofetadas de las olas cuando la mar se enfada... (Conmovida.) ¡Haber sufrido con aquellas pobres gentes esa hora negra, decisiva, en que se ve pali-

decer á los hombres más acostumbrados al peligro! ¡Ese minuto de angustia en que todos los pechos ahogan el sollozo de un adiós, y todos los labios rezan!... (Pausa breve.) Y, después de la batalla, cuando la fiera abandona su presa, y el monstruo nos perdona una vez más la vida, y se despeja el horizonte... se tiende una sobre un montón de velas y hunde la mirada en el otro infinito (Por el cielo.) de nuevo luminoso. Y cuando se tiene los ojos llenos de cielo... cierra uno los ojos, y todo el cielo se queda dentro... Y entonces se duerme... ¡Se duerme como usted no ha dormido nunca! ¡Ese es el mar, el imponente, el iracundo, el soberbio, el verdadero mar, el que se ama y se teme, el que pintaba mi padre!... ¡Ese es el mar!

Jorge (Convencido.) ¡Bravo! ¡Soberbio! ¡Sí, señor! ¡Eso es maravilloso!

Lina ¿Qué?

Jorge (Con entusiasmo sincero.) ¡Lo que acaba usted de decir!... ¡Eso es encantador, eso tiene un atractivo enorme!... Y yo necesito... yo quiero sentir todo eso, y conocer esas emociones, y hablar como usted, y dormir así. Voy á cambiar de vida por completo, y es preciso que usted me ayude...

Lina ¿A qué?

Jorge ¡A olvidarme de que hay mujeres en el mundo... que no le dan á uno más que disgustos! ¡A fortalecer el espíritu, á curarlo con el trato de la naturaleza—la única señora que no engaña á nadie!

Lina Sí, señor, sí... ¡Con toda el alma!

Jorge Y nos pasearemos por el campo y por la playa, y treparemos á las rocas, y pescaremos todo lo que se deje pescar... langostas y cangrejos, sardinas y pajeles, y tiburones y ballenas! ¡Qué bonito, eh! Y vamos á empezar desde mañana mismo.

Lina (Batiendo palmas de contento.) ¿Sí? ¿A qué hora?

Jorge A la hora que usted quiera, á las once, ó á las diez, ó á las nueve... ¡Me siento capaz hasta del sacrificio de madrugar!

Lina ¡Qué alegría! ¡Qué contenta estoy! Es muy bonito eso que quiere usted hacer.

Jorge ¿Sí? ¿Le parece á usted?

Lina Sí, señor. Me parece admirable ese esfuerzo por convertirse en un ser inteligente... Es preciso que sea usted persona...

Jorge Oiga usted...

Lina Sí, señor, está muy bien. Yo no le hubiera creido á usted capaz de un rasgo como ese. ¡Qué bien! Así ya no dirán de usted lo que dicen ahora...

Jorge A ver, á ver... ¿Y qué es lo que dicen de mí?

Lina Una porción dé cosas...

Jorge Pero, ¿cuales?

Lina No sé... muchas cosas.

Jorge Pero usted se acordará de alguna.

Lina No, señor. No las recuerdo... pero las tengo apuntadas todas.

Jorge Ah, ¿sí?

Lina Sí, me gustaba conservar lo que decían de usted, y lo iba anotando en el album.

Jorge Es curioso.

Lina Lo vuelvo á leer, de vez en cuando, y eso me entretiene mucho.

Jorge ¡Ah! Pues yo necesito ver ese album.

Lina (Va rápidamente por su album que dejó sobre un mueble.) No, no puede ser.

Jorge Lina, hágame usted el favor. Yo necesito verlo, yo quiero saber qué es lo que pueden decir...

Lina No... Mire usted; prefiero leérselo yo misma, Siéntese usted... No, más lejos... Allí...

Jorge Como usted quiera,.. Lea usted.

Lina (Hojeando el album.) No, no es aquí... Ah. Esto es. Oiga usted: «Viernes. Se habla de la boya...» (1)

Jorge ¿De la boya?

Lina Sí, señor; la boya es usted.

Jorge ¿Yo?

Lina Sí: era más discreto que poner el nombre y el apellido con todas sus letras.

Jorge Bueno, bien; pero eso de la boya...

Lina Es un mote que le pusieron á usted los pescadores.

Jorge *Ah, vamos...

---

(1) «Boya» si el actor es grueso; «anguila» si es delgado.

Lina Sí, porque cuando se baña usted, dicen ellos, que se parece bastante á una...*

Jorge Me tiene sin cuidado lo que digan esos caballeros. Veamos lo de los otros.

Lina (Leyendo.) La señora de X: «Decididamente, la boya se queda este verano en París.»—La señora de Z: «¡Qué lástima! Es un tipo muy gracioso.»—La señora de T: «Querrá usted decir muy ridículo, querida. Y no es lo mismo.» (Jorge levanta la cabeza.)—*Un señor muy gordo, el señor de V: «Ese pobre muchacho tiene seis corbatas por cada idea.*

Jorge ¡Muy bonito!

Lina (Sigue.) La señora de X: «Yo no sé por qué lo echan ustedes de menos. ¡Un hombre que nos aburre contándonos á todas horas la historia de sus conquistas!»—La señora T: «¡Pobrecillo! Es la manía de todos los inválidos...» (Hablando.) Confiese usted que esto último tiene gracia...

Jorge ¡Ah! ¿Le parece á usted que tiene gracia?

Lina Esto último sí. (Leyendo.) La señora X...

Jorge ¡No, mire usted, basta! ¡Dejémoslo ya! ¡Parece mentira! ¡Qué gentuza! Lina, es preciso... (Le quita el album.) que me dé usted su album.

Lina (Vivamente intentando recuperarlo.) ¡No, señor, no! De ninguna manera.

Jorge (Defendiendo el libro de los ataques de Lina.) No puede usted negármelo. Tengo derecho por lo menos, á arrancar la página esa... Tengo derecho... (Hojeando.)

Lina (Esforzándose por impedirlo.) ¡No, señor, no! Yo no quiero que haga usted eso. ¡No faltaba más, no señor...

Jorge Ya la tengo. (Separa la hoja y la mira, entregando el album á Lina.) ¡Hombre!

Lina (Aparte.) ¡Ay!

Jorge No me había leído usted esto...

Lina (Llena de confusión.) ¿Qué?

Jorge La última línea. (Lee.) «Es verdad: él es todo eso, pero... no me importa.» ¿Por qué no me lo ha leído usted? Lo único afectuoso que hay. Y no lleva iniciales. ¿Quién es el alma caritativa que decía esto?

Lina (Bruscamente.) Una señorita de pueblo.

Jorge ¿Ve usted qué suerte? ¡No hay en el corro más que una persona benévola para mí... y resulta que es una señorita de pueblo... Sea de donde quiera... ¡Qué Dios se lo pague! Pero los otros, los demás... ¡Qué canalla! ¿Y es posible que yo trate á unas gentes así, y les dé la mano todos los días, porque los conoceré yo... ¿Verdad? ¿Los conozco?...

Lina Mucho; son amigos de usted.

Jorge ¡Pues sabe usted que tengo unos amiguitos deliciosos! ¡Muy decentes! ¡Muy dignos!

Lina Usted tiene la culpa.

Jorge ¿Yo?

Lina Eso prueba que no los sabe usted escoger... que no sabe usted distinguir entre los que le quieren de verdad y los que no...

Jorge ¡Ah! pero ¿es que á usted le parece eso una cosa muy sencilla?... Vamos á ver: ¿y en qué se conoce á las personas que nos quieren de verdad?

Lina ¡Qué sé yo! Tal vez en que suelen ser las que menos lo parecen.

Jorge Tiene usted razón... Desde hoy voy á buscar unos cuantos amigos nuevos. Y vamos á buscarlos juntos, vamos á buscarlos entre los dos... Usted me aconsejará, ¿eh? ¡Será una cosa muy bonita!

Lina ¡Y tan bonita! Un estudio precioso.

Jorge Y vamos á empezar desde mañana mismo.

Lina Eso, es, desde mañana.

Jorge Y seguiremos todos los días, á ver cuántas personas decentes podemos encontrar en lo que nos queda de verano.

Lina Alguna saldrá. Yo creo que en dos meses...

Jorge Sí, pero... ¿Usted no dice que se va dentro de quince días?

Lina (Perpleja.) Bueno... sí... quince días ó veinte, ó dos meses, lo mismo da.

Jorge (Tendiéndole la mano.) Entonces, quedamos en que...

(Aparece MORÁN en la galería del fondo.)

Morán ¡Ah! ¡cuánto me alegro! Su padrino me encarga que venga por usted. La señora de Terán va á recitar unos versos, y él desearía y le ruega...

Lina (Muy contenta.) ¡Con mucho gusto! Pero, si mi

padrino no tiene necesidad de rogarme nada. Yo hago todo lo que ustedes quieren. ¡No faltaba más! Y gracias, muchas gracias á usted. ¿Viene usted, Jorge? (Se va por el foro.)

Jorge Sí, señora, sí, vamos.

Morán Sí, vamos á sufrir á la señora de Terán.

Jorge (Deteniéndose cuando ya se dirigía á la puerta.) ¿La señora de Terán? Oye, oye, espérate. La señora de Terán, es la señora de T... ¡Justo! Pues, mira, te la regalo. Puedes hacer con ella lo que te dé la gana. Y te regalo también á las señoras X. Y. Z... *Y á ese mostrenco de V.,* y á todo el abecedario...

Morán Pero... hijo, ¿te has vuelto loco? ¿Qué es lo que estás diciendo?

Jorge ¡Digo... que aquí me instalo!... (Se sienta.) Y que de aquí no me muevo aunque se hunda el mundo. Adiós.

Morán (Dirigiéndose al foro.) ¡Qué tipo más notable!

Jorge ¡Ah! Oye, Morán.

Morán (Vuelve.) ¿Qué hay?

Jorge Quería decirte una cosa antes de separarnos.

Morán Dí.

Jorge ¡Basta de mujeres! ¡Que desaparezcan del globo! ¡Que las entierren á todas juntas!

Morán Bueno, déjame en paz. (Vase por el fondo.)

(Entran por la izquierda SUSANA y el CRIADO que trae un saquito pequeño en la mano y un rollo de papeles de música que deja en la mesita de la izquierda.)

Criado La señorita tendrá la bondad de esperar aquí. Yo mismo vendré á avisarla. (Se retira por el fondo.)

Sus. (Al Criado, antes de irse.) Tome usted. Deje ahí la caja y llévese lo demás. (El Criado se lleva el abrigo y el cabás. Susana ensaya la voz haciendo algunas escalas mientras se pinta los labios y los ojos mirándose en un espejito de mano. Jorge, que á la entrada de la artista se dirigió al fondo de la terraza, vuelve y la mira, primero con indignación y desdén, luego con interés, por último se acerca á ella muy despacio y lleno de curiosidad.)

Jorge (Detrás de ella y mirándola en el espejo.) Señora...

Sus. (Saludando por el espejo también.) Caballero...

Jorge Perdóneme usted, señora, pero me parece...

Sus. ¿Qué le parece á usted?

Jorge Me parece que su cara no me es desconocida...

Sus. (Volviéndose hacia él risueña.) También á mí me parece que le recuerdo á usted... aunque la verdad...

Jorge Sí. ¡Vaya que sí! No me cabe duda. ¡Unos ojos como los de usted no se olvidan! Usted ha representado conmigo en una función que dimos los alumnos de la escuela de Ingenieros, á beneficio de no sé qué...

Sus. Espere usted. ¡Sí, señor! Usted hizo... el galán joven.. Sí, aquel muchacho que siempre me estaba diciendo que me quería, en la comedia, se entiende...

Jorge Sí, señora, sí .. y en la calle, y en todas partes. ¡Como que estaba loco por usted!

Sus. ¡Y por todas las de la compañía; ya me acuerdo!

Jorge ¡Qué tiempos aquellos! Yo tenía veinte años.

Sus. ¡Ah! ¡Yo los tengo siempre!

Jorge Como que está usted lo mismo... ¡No, mejor! ¿Se acuerda usted de aquellos ensayos en el estudio de Alberto?...

Sus. Y del portero que nos quitaba el gas á las doce en punto y nos dejaba á oscuras en la escena más interesante de la obra.

Jorge Y aquellas cenas en el tejado al aire libre.

Sus. Y aquel guasón, aquel compañero de ustedes que cuando iba á encender un cigarro bajaba á despertar á todos los vecinos para preguntarles si les molestaba el humo.

Jorge Y yo, que cuando volvía á mi casa á las seis ó las siete de la mañana, subía la escalera de espaldas, por si me encontraba á mi padre poder decirle: «No, papá: sino es que vengo ahora, si es que me voy.»

Sus. ¡Cuánto nos divertíamos en aquellos tiempos!

Jorge Sí que nos hemos divertido, sí... Había buen humor... Y mire usted por dónde... mejor dicho: mira tú por dónde—porque me parece ridículo que sigamos hablándonos de usted,—¡qué casualidad encontrarnos ahora aquí!...

Sus. ¡Sí que ha sido casualidad!

Jorge Pero supongo que, desde hoy, ya nos veremos con frecuencia, ¿eh? para recordar aquellos tiempos...

Sus. ¡Ah! Como tú quieras. Mañana por la mañana puedes venir por mí al hotel, y nos iremos á dar una vuelta por Dinard. ¿Quieres?

Jorge Muy bien.

Sus. (Poniéndole la mano en el hombro.) Mira, en la calle de París, hay un joyero que tiene preciosidades.

Jorge Pero, hija... ¿Tan pronto?

Sus. Sí, querido. No vayas á creer que yo soy una mujer interesada. Pero es que, lo tengo observado, hijo; los hombres no toman en serio á ninguna mujer, como no les cueste algún sacrificio. Por eso yo, en cuanto alguno empieza á interesarme, lo primero que hago es llevarlo á una joyería.

Jorge Y si no te interesa, ¿qué haces?

Sus. Pues... lo mismo. Quedamos en que mañana vienes por mí. ¿No es eso?

Jorge Eso es; mañana me tienes... ¡Ah! (Recordando la promesa hecha á Lina.) Espera... Mañana... Bueno, bien, ya me las arreglaré yo como pueda...

Sus. Entonces, adiós... simpatiquísimo... (Le tiende la mano y con la otra le da palmaditas en la cara.)

Jorge (Besándole muchas veces la mano.) Adiós...

(Entra FERNANDA por el foro. Jorge retrocede hasta la pared, buscando un mueble que pueda ocultarlo.)

Fer. (A Susana.) La Condesa me ruega que venga á avisar á usted. Tenemos verdaderos deseos de oirla...

Sus. Muchas gracias, señora. Yo me considero muy honrada con el honor de cantar ante un público tan selecto. (Con la mayor altivez.)

Fer. (Indicándole el camino.) Por aquí... por aquí... (Susana vase foro.) Y perdóneme usted, querido Jorge.

Jorge ¿Yo... por qué?

Fer. Por haber venido á interrumpir una conversación que parecía prometer...

Jorge Pero, Fernanda... (Con el más profundo desdén.) ¿Le parece á usted que... la Bella Regente?... ¡No quiero que vaya usted á suponerme capaz!...

Fer. ¡Qué ingratos son ustedes... todos los hombres!

Jorge No, señora, no. Pero ¿le parece á usted que una mujer como esa puede preocuparme en una casa en que tengo el honor y la dicha de encontrar á usted?

Fer. Bueno, bien... ¿quiere usted callar?

Jorge Además, hay una razón suprema, Fernanda. (Señalando al foro por donde se ha ido Susana.) ¡Una rubia! Pero, si las rubias para mí... ¡como si no estuvieran en el mundo! Y entre todas las morenas que la Condesa ha reunido aquí esta noche, usted sabe—¡bien lo sabe usted!—que la más bonita, y la más graciosa, y sobre todo, la más elegante de todas, la musa de la elegancia...

Fer. (Muy halagada.) No acepto más que el último cumplido, por no rechazarlos todos... Y, se lo confieso á usted: las modas actuales me gustan. Les estoy muy agradecida.

Jorge ¡Ah! Pues ellas tampoco pueden quejarse de usted...

Fer. ¡Qué adulador! Mire usted; ayer recibí de París un vestido sencillísimo, de hilo azul, hechura sastre, que es una maravilla.

Jorge Y ¿cuándo lo vamos á ver?

Fer. ¿Cuándo? Mañana. Le dedico á usted el estreno, y para que usted lo vea, me lo pondré mañana mismo. (Jorge se inclina dando las gracias.) La Baronesa se ha empeñado en que vayamos al campo de *golf*. ¿Está usted libre mañana por la mañana?

Jorge ¡Ya lo creo! (Vacilando.) Pero, la verdad es que... mañana... ¿A qué hora es la partida esa?

Fer. A las diez.

Jorge Bueno, bien, ya veremos de conciliarlo todo. (Besándole la mano.)

(Entra JULIA por el foro. Como en la escena anterior, Jorge retrocede hasta la pared, preocupado y procurando ocultarse.)

Julia (Riendo, á Fernanda.) ¡Muy bonito! ¡Vaya un modo de cumplir los encargos! ¿Cómo quiere usted que cante esa mujer si se ha dejado usted aquí los papeles? (Toma un rollo que se quedó sobre un mueble á la izquierda.)

Fer. ¡Ay! Es verdad, querida. Vamos corriendo á llevárselos. (Los coge de manos de Julia y vase foro.)

Jorge Sí; vamos á aplaudir á la bella... (Al llegar á la puerta ve que Julia no se ha movido y vuelve.)

Julia Amigo Jorge... sentiría haber llegado en un momento inoportuno.

Jorge ¿Inoportuno? ¿Por qué? No faltaba más.

Julia No sé, no sé... pero, me pareció... la verdad, creí que había venido á interrumpir...

Jorge No, señora, no.

Julia Y me sorprendía mucho, porque precisamente acababa de contarnos Morán su conversión de usted.

Jorge ¿Mi conversión? ¿Qué conversión? ¡Ah! Sí; sí, señora, sí, puede usted creerlo. Desde hoy se acabaron las calaveradas y las locuras.

Julia ¡No sabe usted cuánto lo celebro! Porque supongo que ahora ya le podremos ver á usted más á menudo, más íntimamente y sin temor á la murmuración, puesto que renuncia usted á ser un hombre peligroso.

Jorge Sí, señora, sí; me tienen ustedes ya por completo suyo, me debo exclusivamente á las buenas amigas como usted...

Julia Siempre que Fernanda no se nos vaya á enfadar, ¿eh? No me gustaría ser motivo de discordia...

Jorge ¡Calle usted por Dios, señora! ¡Vaya una idea! Fernanda es una mujer encantadora, no lo niego... Pero... ¡es morena, Condesa! ¡Es morena! Y para mí las morenas como si no estuvieran en el mundo. A mí que me den cabellos de oro, y ojos claros, serenos... y... ¿quiere usted saber cuál es para mí el ideal? (Bajando la voz.)

Julia (Con mucho interés.) Sepamos...

Jorge La rubia... (Casi al oído.) de ojos garzos, esos ojos que tienen reflejos de cielo y reflejos de mar...

Julia Bueno... ¡Calle usted y venga conmigo al concierto!

Jorge Sí, señora, voy, pero no me callo: yo necesito repetirle una y mil veces que para mí no hay... (Dirigiéndose al foro.)

(Aparece LINA por la derecha en el momento en que llegarán á la galería Julia y Jorge.)

Lina Jorge... ¿pasará usted por aquí mañana por la mañana, ó prefiere usted que nos veamos...?

Jorge ¡Ay! Mañana por la mañana imposible...

Lina ¿Cómo? Pues ¿no me había dicho usted?...

Jorge Sí, sí; pero es que mañana... hay otra cosa que me impedirá seguramente.

Lina ¿Otra cosa... ú otra persona?

Jorge ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

Lina (Furiosa.) ¡Digo que hay algunos señores que debieran quedarse todo el año en París!

Jorge Pues mire usted... yo digo que hay muchas niñas que debían estar en la cama á las nueve. (Vase por el foro.)

Lina ¡Oh! (Se deja caer en un sillón echándose á llorar.) (Entra LUCIANO por la izquierda.)

Luc. (Dulcemente.) Lina... (Ella se levanta.) Abrázame.

Lina No.

Luc. Y ahora ¿qué es lo que te sucede?

Lina Nada.

Luc. ¿No quieres decírmelo?

Lina Déjeme usted... Mis penas no le interesan á usted ni á nadie.

Luc. ¿Por qué?

Lina Porque nadie me quiere en el mundo. Nadie.

Luc. Bueno, mira... Ya basta. Yo necesito que te expliques. Y te lo mando.

Lina ¡Ah! ¿Me lo manda usted? Puede que haga usted mal. Ya lo sé: he de parecerles una ingrata. Ustedes han hecho por mí todo lo que debían. Nada me falta. ¿Verdad? Pues no, señor, no: me faltan muchas cosas que no tengo, que no he tenido nunca... Nada, no crea usted nada... Palabras de sinceridad... un poco de afecto. ¡La dicha de sentir que no muy lejos de una hay cariño y que si alguna vez le hace falta ya sabe donde lo puede encontrar! ¿Qué quiere usted? ¡La Cenicienta me ha parecido siempre una imbécil! ¡Y cuando me humillan y me desprecian, no puedo remediarlo, y por muy acostumbrada que esté, sufro y me muero de pena... y me doy cuenta de que estoy sola en el mundo... ¡sola!... (Sollozando.)

Luc. (Conmovido.) Lina... ¡No llores! Yo no quiero

que llores... He prometido que no llorarías nunca.

Lina ¿A quién?

Luc. A ti... (Ella lo mira sorprendida.) No puedes acordarte porque hace mucho tiempo... Un día estaba yo al otro lado del mundo y recibí un telegrama de tu padre en que me decía: «Ven pronto si quieres volverme á ver.» Yo me embarqué aquel mismo día, pero llegué tarde. Llegué á Grandville... tres días después... Corrí á tu casa, aquella casa en que tu padre y yo habíamos jugado tantas veces de niños.. La puerta estaba abierta de par en par, nadie salió á recibirme y en el interior reinaba una completa oscuridad, porque todos los balcones que dan á la calle y al jardín estaban cerrados. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando á aquellas tinieblas, descubrí en un rincón, arrodillada á los pies de una virgen, á una niña vestida de luto que lloraba... Los sollozos sacudían todo su cuerpo... Yo la tomé en brazos, vi su carita llena de lágrimas, y le dije: «Lina, pobrecita Lina.. Ya me tienes aquí. Ya no estás sola en el mundo. ¡Yo te juro que no has de llorar más» (Transición.) Yo te lo suplico, Lina; no hagas que falte á mi juramento: no me hagas mentir.

Lina (Que ha estado escuchándole asombrada.) ¡Es la primera vez que me habla usted así!

Luc. No me atrevía. ¿Qué quieres? Soy así.. Un hombre habituado á ocultar lo que piensa.. que descubre con mucha más facilidad sus malos sentimientos que... los otros... Y luego... como Dios no me ha dado hijos, pues hago muy mal el papel... y resulto un padre tímido, vergonzante.. Pero así y todo.. yo te quiero mucho, Lina, mucho, créelo. (Abrazándola.)

Lina ¡Ay, padrino!... ¡Perdóneme, usted, perdóneme! ¡Qué alegría! Ya soy feliz, lo soy. No sé cómo decírselo, porque... yo tampoco tengo costumbre... Pero le quiero á usted de verdad con toda el alma. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué contenta! Ahora ya se lo puedo decir á usted todo, todo...

Luc. ¿Para qué? No merece la pena...

Lina Pero es que usted...

Luc. Sí, lo sé, hija, lo sé... ¡Qué imbecilidad!

Lina Pero... ¿sabe usted quién es?

Luc. (Sonriendo.) Sí...

Lina No se ría usted; no hay motivo para que usted se ría.

Luc. Tampoco lo hay para que tú llores. Pero vamos á ver... ¿Es posible, hija de mi alma? ¿Es posible? (Lina hace un gesto de afirmación.) ¿Y cómo te sucedió esa desgracia? Porque eso es una desgracia.

Lina Pues así, como sucede un choque de automóvil, el vuelco de un carruaje..

Luc. ¿Y cuándo fué?

Lina El año pasado, aquí mismo, el día del banquete de las carreras... Yo estrenaba mi primer vestido largo, y tuve un gran éxito. Me asediaban los caballeros más simpáticos. Los había muy amables, artistas, hombres de talento que me interesaban con sus galanterías y me halagaban mucho con sus elogios... Y había un señor que no decía nada y se miraba los pies con una satisfacción inexplicable, como diciéndose: «Pero, señor, ¡qué botas más elegantes que llevo!» Al día siguiente estaba nerviosa, de mal humor, con un genio de mil demonios... insoportable... ¡Estaba enamorada!... ¿Y de quién? ¿De alguno de aquellos caballeros tan amables, tan espirituales y seductores? No. Estaba enamorada de aquel señor que se miraba las botas con una satisfacción íntima y no decía una palabra.. ¡Será idiota!

Luc. ¿Quién? ¿Jorge? ¡Mucho!

Lina ¡Lo antipático que me sería ese hombre si no lo quisiera!

Luc. Todo eso, hija mía, es absurdo: es contrario á toda lógica: no tiene sentido común... Es... amor.

Lina ¿Y usted me ayudará, padrino?

Luc. Yo he de hacer siempre lo que tú quieras.

Lina ¡Pero se va usted mañana!

Luc. Mejor. Por el momento conviene más que te deje el campo libre.

Lina ¿Y si usted le hablase antes para saber...?

Luc. Eso nunca.

Lina ¿No?

Luc. Piensa, hija mía, que se trata de tu felicidad.

Lina ¿Y por eso?...

Luc. Por eso hay que andarse con pies de plomo. A nadie se le puede ir á ofrecer la felicidad, porque desconfiaría, hija, desconfiaría como si fueses á ofrecerles acciones de cualquier negocio industrial. Yo me guardaré muy bien de decirle á ese majadero...

Lina ¿Qué?

Luc. Bueno; á ese buen mozo,—como tú quieras,—yo me guardaré muy bien de decirle: «Mira, la felicidad es aquel campanario que se ve allí, al final de esta carretera, tan ancha y tan llana.» Con seguridad que me contestaba: «¿Sí?... Gracias, hombre: ya iré, ya...; tiempo me queda para ir...» ¡A mí no me lo dice! Porque si yo intervengo no voy á ser tan cándido. Yo le indicaré á ese buen mozo...

Lina ¡A ese majadero!

Luc. Como tú quieras. Yo le indicaré senderos extraviados, caminos tortuosos... por donde vaya encontrando unas veces flores y otras espinas, y luego abismos... y un día se verá perdido, y al siguiente recobrará la confianza, y al otro se hundirá en la desesperación... Y á fuerza de andar y de andar, cuando menos se lo espere, se encontrará en la misma puerta del campanario y dirá entonces: «¡Ah! ¡Esto es la felicidad, esto!» Y los dos entrareis.

Lina ¡Ay, padrino!... ¡Qué bueno es usted! (Arrojándose en sus brazos.) Nada temo ya, ni al desengaño. Tengo, después de oirle á usted, una confianza... que nadie me podrá quitar. Y ahora vamos á ver, padrino, sinceramente, á él, ¿cómo lo encuentra usted?

Luc. Hija mía... El no tiene más que una cosa envidiable...

Lina ¿Y es?...

Luc. Que tú le quieres. (La abraza.)

Lina Gracias, papaíto, gracias.

(Rumor de voces al foro. Aparecen SUSANA, FERNANDA, JULIA, MORÁN, JORGE y los demás.)

Lina ¡Ya vienen! Yo me voy.

Luc. No, mujer, no: ¿por qué?

Lina Sí, señor, sí. Estoy demasiado contenta para ver á nadie. Me encontrarían de tan buen humor que no me iban á conocer. Prefiero irme. Adiós, padrino, adiós. ¡Le quiero á usted mucho, mucho! (Ha dicho las últimas palabras dirigiéndose á sus habitaciones, derecha lateral.)

Luc. (Siguiéndola con los ojos.) ¡Pobre hija mía!

(Sale el CRIADO por la izquierda con dos telegramas.)

Criado (A Luciano.) Dos telegramas que han traído del Hotel para el señorito Jorge. (Se retira.)

Luc. (Llamando.) ¡Jorge! ¡Jorge! Oye, ven.

Jorge ¿Qué hay?

Luc. Mira: dos telegramas para ti.

Jorge (Leyendo uno.) «Has hecho bien, querido. Las bromas pesadas ó no darlas.» De María Mora. (Hablado.) Hombre... ¿Te has fijado en una cosa? Las que no tienen educación... ¡qué bien la saben fingir! Y las que deben tenerla, en cambio, qué bien la disimulan casi siempre. (Abriendo el segundo telegrama.) De Miss Tipson: «Le había creído un caballero. *Good bye.*» (Hablado.) ¡Bueno; esto ya es faltar!

Fer. (Acercándose al grupo.) Adiós, amigo Jorge. (Aparte.) ¿Quedamos en que á las diez en punto en el campo de *golf?*

Jorge Sí, señora, sí. A las diez.

Fer. Hasta mañana. (Se dirige al foro.)

Morán (A Jorge.) Oye, ¿pero tú no decías...?

Julia (Aparte á Jorge.) A las diez en la tribuna de las regatas, ¿eh?

Jorge ¡Ah! Pero... ¿es á las diez?...

Julia Sí, señor, sí. Adiós.

Morán (A Jorge.) Oye, pero ¿tú no decías...? (Jorge lo mira de alto abajo.)

Sus. (A Jorge.) Oiga usted, Jorge...

Jorge Sí, hija, sí. A las diez en punto, ¿no es eso?

Sus. No, si digo que tengo ahí el coche. ¿Quieres que te deje en tu casa?

Jorge ¡Ah! sí, mujer; con mucho gusto.

Sus. Pues andando... (La sigue. Morán le detiene por un brazo.)

Morán Pero, oye. ¿No querías tú que desaparecieran del globo, que las enterrasen á todas juntas?...

(Jorge va á contestar á Moran, pero el CRIADO ha entregado otro telegrama á Luciano y éste le llama.)

Luc. ¡Jorge! Aquí tienes el que faltaba.

Jorge Gracias. (Leyendo.) «Es usted un sinvergüenza.» ¿Lo ves? Lo que yo te decía: ¡La duquesa! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa de Jorge. Un saloncito elegante. Al foro una gran ventana que ocupa casi todo el lienzo de pared. Dos puertas, una á la izquierda y otra á la derecha, en segundo término. Muebles lujosos. A la izquierda, junto á la puerta indicada, un apoyo ó mueble análogo con dos porcelanas grandes: un «incroyable» y una «merveilleuse», por ejemplo. Y en primer término, también á la izquierda, una mesita escritorio de las de forma llamada americana. A la derecha una otomana ó diván. En el centro de la escena, un velador con el servicio de mesa que se indica. Algunos cuadros. Una lámpara eléctrica encendida.

—

(Al levantarse el telón, ADOLFO (el criado de Jorge, un viejo) acaba de arreglar la mesa; luego coloca en el suelo un cubo con dos botellas de Champagne. Suena el timbre eléctrico de la puerta y sale á abrir. Vuelve á poco detrás de SUSANA.)

Sus. ¿Y lo de hoy? Vamos á ver. ¿Qué disculpa tiene lo de hoy? Me dice esta mañana á la hora del baño: «No dejes de venir esta noche al Casino... ¡Te necesito! ¡No sabes la falta que me haces!» Y yo, desde las once allí de plantón, corriendo el gran bromazo. ¿Le parece á usted? Vamos á ver. ¿Le parece á usted?

Adolfo ¡Muy mal!... ¡Cosas de la juventud! Pero no haga usted caso: él, á pesar de todo, me *costa* que la quiere. ¡A su modo, claro, pero me *costa* que la quiere! ¡Y hay motivo! ¿eh?

Para quererla á su modo... ¡Vaya si hay motivo! La señorita cada día está mejor de carnes... y eso es lo que al señorito le ha gustado siempre...

Sus. Gracias, Adolfo. Pero no es lo que yo me figuraba. No; este no es de los que hacen locuras por las mujeres.

Adolfo ¿Que no? ¡Pues si usted supiera las que llevamos hechas en esta vida!

Sus. ¡Ah! ¿Usted también?

Adolfo Es un decir, señora, es un decir.

Sus. (Señalando á la mesa.) Oiga usted, Adolfo... ¿y esto? ¿Qué es?

Adolfo Nada: cuatro cosas que se le tienen dispuestas al señorito cuando come fuera de casa por si á la vuelta se le ocurre...

Sus. ¿Y qué hay?

Adolfo Un poco de salmón, perdices... *foiegrás* y frutas heladas.

Sus. ¡Oportunísimo! Precisamente se me estaba ocurriendo que... necesitaba yo... Va usted a ver... Como tarde mucho, acabo con todo. ¡Esa será mi venganza! (Se sienta á la mesa y Adolfo la sirve.) ¡Que se fastidie si viene con hambre! ¡Será zángano! (Comiendo.) ¡Será idiota!... ¡No está mal esto, no está mal! (Adolfo llena de vino una copa que ella se bebe de un sorbo.) ¡No! ¡Eso no! ¿Ve usted? A mí el vino tinto como no sea con... (Adolfo le va á poner agua.) ¡No, agua no, hijo mío!... ¡No!... (Mirando por todas partes hasta que tropieza con el cubo del Champagne.) ¡Ah! Eso es... Estoy muy mal acostumbrada, (Adolfo destapa una botella de Champagne y le sirve mezclado con el otro vino.) y no puedo con el vino solo... Puro me sienta mal.

Adolfo ¿Una pechuga de perdiz?

Sus. Bueno. ¿Y usted, no toma nada?

Adolfo No, muchas gracias. (Aparte.) Aunque vayan vestidas de señoras... ¡qué pronto descubren la hilaza!

Sus. ¡Sí que tarda el niño ese... sí! ¿Y tanto que hacer tenía hoy?

Adolfo Yo solo sé que estaba convidado á comer en casa de los Condes de Versannes, que son muy amigos del señorito. El señor Conde ha vuelto esta mañana de París.. Creo que

había ido, hace diez ó doce días, á complicar no sé qué negocio diplomático.

Sus. Sí, ya lo he leído en los periódicos. Es muy simpático el Conde. Y su mujer también.

Adolfo No se parecen á su ahijada, la señorita Lina... Es una criatura más estrambótica... Yo me la suelo encontrar muy á menudo por el campo, paseándose con un perrazo negro, que da miedo, y siempre con una cara de mal humor...

Sus. ¿Sabe usted que me están mareando las florecitas estas?

Adolfo Claro, hace tanto calor... (Coge el vaso de las flores que hay en el velador y va á dejarlo en la mesa de la izquierda. Aparte.) ¡Las flores! ¡Si es que te bebes el *Champán* como si fuera agua!...

Sus. ¡Una mesita como esa me ha dicho que me va á regalar el señor!...

Adolfo Sí, á él le gustan mucho. Es un mueble muy americano. Parece una cosa muy cómoda, pero no lo es... Tiene un cajón secreto. (Levantando la tapa.) ¿Sabe usted?

Sus. ¡Ah! ¿Sí?

Adolfo Sí, para los papeles y las cosas que no se quiere que vean los criados... Mire usted cómo se abre. Se aprieta aquí... luego aquí... y ya está. (Se abre el cajón.)

Sus. (Echándose á reir.) No está mal. Pues... ¡es un secreto á voces! (Suena el timbre de la puerta.)

Adolfo ¡Ah! ¡Ya está ahí el señorito! (Vase Adolfo á abrir. Susana separa su silla de la mesa y se pone de espaldas á la puerta, adoptando el gesto más severo de que dispone para recibir á Jorge.)

(Entra JORGE radiante de alegría con la chistera echada atrás. Viene vestido de frac y un gabán de verano con el cuello subido.)

Jorge (Cantando.) Buenas noches, Susana... ¡Buenas noches! ¡Buenas noo-oo-ooches! (Con una porción de calderones. Se quita el abrigo y el sombrero, que entrega á Adolfo, y al ver que Susana no se mueve se cruza de brazos. Pausa.)

Sus. (Volviéndose hacia él. Indignada.) ¿Y es eso todo lo que tienes que decirme? ¿No se te ocurre más que eso?

Jorge (Con animación y vehemencia.) No, mujer. ¡Muchas cosas!... ¡Muchísimas! ¡Un diluvio de

cosas! Mira, la primera es... que estoy muy contento. Loco de júbilo. . ¡Lleno de entusiasmo, de reconocimiento, de gratitud!...

Sus. ¿A quién?

Jorge ¿Yo qué sé? ¡A todo el mundo! ¡A los hombres... que son tontos! ¡A las mujeres que son deliciosas, y le saben comprender á uno, y le adivinan el pensamiento...

Sus. Pero, sepamos; ¿tanto que hacer has tenido para no acordarte de que yo te estaba esperando? ¡Vamos á ver! ¿Qué has hecho? ¡Dí!...

Jorge He comido en casa de Versannes. Reunión espléndida. ¡Deliciosa!... Gentuza muy elegante. ¡Ideal para una revista de salones...! Imposible salir de allí hasta las doce, y, claro, supuse que ya no estarías en el Casino... He vuelto por la playa... Hermosa noche... ¡Deliciosa! Entro en el Círculo, y pierdo todo lo que llevaba... ¡Delicioso! Al salir encuentro á la luna que dejaba caer un río de plata—sin contarla—¿sabes? Sin contarla, dejaba caer un río de plata sobre las olas. No tenía más que tender la mano para recuperarme con creces de lo perdido... Pero como no está bien que un hombre acepte regalos en metálico de las señoras... ¡Estoy muy contento, Susana, muy contento! De veras, muy contento.

Sus. Pues, hijo, no lo entiendo. ¿Por qué? vamos á ver, ¿quieres explicarme la causa de toda esa alegría?

Jorge No puedo decírtelo.

Sus. ¡Ah! ¡Pues entonces yo quiero saberla!

Jorge No; vale más... que lo ignores...

Sus. ¡Vamos, hombre!... ¡Si te estás muriendo de ganas de contármelo todo!

Jorge Es verdad, sí. ¡Se me desborda el corazón! Y como además tú has de acabar por saberlo... ¡Allá va!... ¡Susana, estoy enamorado!

Sus. ¿Y eso era todo? Pues, hijo, menos mal. ¡Que te dure mucho es lo que hace falta! Bien sabes que se te corresponde... (Jorge la mira sorprendido sin comprenderla.) Pero no me engañas, ¿eh? ¿Lo dices de corazón?

Jorge (Con frialdad.) ¿El qué?

Sus. (Cada vez más cariñosa.) Eso de que estás enamorado.

Jorge ¡Ah! ¡Como nunca! ¡Más que nadie! Figúrate si es una cosa excepcional: estoy enamorado de dos mujeres.

Sus. (Sorprendida.) ¿De *dos mujeres?*

Jorge Excuso decirte: ¡Abelardo y dos Eloisas! ¡Pablo y dos Virginias!... ¡Esa es mi situación!

Sus. (Furiosa, asiéndolo por las solapas.) ¡Jorge, me vas á decir en seguida quién es la otra!

Jorge (Sin comprender.) ¿La otra?

Sus. ¡Claro! Ya que tienes el valor de confesarme que quieres á otra, yo necesito saber quién es.

Jorge No, querida, no. ¡Pero si tú no tienes nada que ver en todo esto! ¡Si no se trata para nada de ti! No me has entendido. Yo quiero á dos mujeres, pero ninguna de las dos eres tú. Ya sabes que cuando se habla se suele exceptuar á los presentes. Son dos señoras del gran mundo.

Sus. (Perdiendo la paciencia.) ¿Y tienes el cinismo de venir á contarme..? Bueno. ¿Supongo que todo esto no será más que una broma? Una broma pesada.

Jorge ¿Conque broma, eh? (Sacando una carta del bolsillo interior de la derecha.) Bueno, pues mira la carta que acabo de recibir de la una... (Buscando otra en el bolsillo interior izquierda.) Y aquí tienes la que me dirige la otra para que sepas en definitiva...

Sus. (Furiosa.) ¿De modo que... hablabas en serio? ¿Es... verdad?

Jorge ¡Claro, mujer! ¡Si hace una hora que te lo estoy...

Sus. (Da un salto, se dirige al mueble en que dejó sombrero, guantes y abrigo.) Pues, hijo... de mí no se burla nadie, ni ha nacido aún... ¿Lo oyes? No ha nacido aún el que pueda...

Jorge Pero oye, oye... ¿A dónde vas, mujer? Oyeme... (Y dejando las cartas encima de la mesa procura detenerla.)

Sus. (Fuera de sí, poniéndose el sombrero y los guantes.) ¡Que me dejes en paz! ¡Si todos son iguales! Es decir, no; estos que parecen bien educa-

dos y finos ¡son peores! ¡Qué asco de hombres!

Jorge Pero, hija, por Dios.. Yo creo que no hay motivo para que te pongas así..

Sus. ¡Y yo que me hacía la ilusión de haber tropezado al fin con una persona medio decente... (Al recoger violentamente el abrigo, ó una estola, «echarpe», ó lo que sea, derriba una de las figuras de porcelana, que se hace pedazos en el suelo.)

Jorge ¡No seas tonta, mujer! ¡Rómpelo todo!

Sus. ¡Y para esto he perdido yo el tiempo... quince días!.. ¡Me alegro! ¡Me servirá de lección! ¡Si siempre que le tomo cariño á uno me ha de suceder lo mismo! (Con una mueca de furioso desdén.) ¡Ah! (Vase.)

Jorge (Se queda un momento mirando á la puerta pero sin dar un paso.) ¡Qué tristeza da una separación así! ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza!... (Repite la frase, primero como reflexión grave, luego con indiferencia, después con alegría, y por último tarareándola, con música ligerita, y acaba bailando.) ¡Qué tristeza! (Bailando y todo ha ido á llamar en el timbre que hay pendiente de la lámpara.)

Adolfo ¿Llamaba el señorito? ¡Cómo! ¿El señor está bailando?

Jorge No, hijo, no es que bailo, es que reflexiono.

Adolfo Y la señorita .. (Señala á la puerta, indicando que la vió salir.)

Jorge La señorita... ¡se ha ido, Adolfo! ¡Se ha ido! Ahora mismo estaba aquí. ¿Verdad? Bueno; pues se ha ido. ¡Ahí tienes lo que son las mujeres!

Adolfo ¡Parece mentira!.. Y, claro, el señorito lo siente mucho....

Jorge ¡Ah, mucho, muchísimo! No sabes tú... lo que.. (Transición.) ¡Adolfo, soy feliz!

Adolfo De modo que...

Jorge Nada, que soy feliz. Te lo digo, porque si no tiene uno á quien decirle que es feliz... es como si no fuera feliz. Y, ahora, mira, recoge los tiestos del muñeco ese..

Adolfo ¡Válgame Dios!... ¡Qué lástima de porcelana.

Jorge ¡Ya ves!... Hace dos minutos intacta, y ahora... rota. ¡Ahí tienes lo que son las porcelanas! ¡Oh, fragilidad, símbolo de... Toma...

(Se quita el gabán y el frac y los entrega al criado. Adolfo va á dejar las prendas y vuelve al punto con un batín de casa, que deja sobre el diván.) Símbolo de... Oye. ¿Y qué tienes por ahí (Señalando á la mesa.) para beber una copa de Oporto? Parece que me pide el estómago...

Adolfo Pues... mire usted... lo que había...

Jorge Se lo ha comido esa, ¿eh?

Adolfo Sí, señor... Y del *Champán* tampoco dejó...

Jorge No está mal, no está mal. Bueno, pues prepárame un ponche frío... Y, si no, déjalo; me voy á dormir... (Adolfo se dirige a la puerta izquierda.) Espera, sí... Me parece que sí, que necesito... El caso es que no sé si tengo más hambre que sueño, ó más sueño que... Bueno, mira, me preparas el ponche y lo traes cuanto antes.

(Adolfo va á salir por la izquierda y vuelve dándose una palmada en la frente. Jorge se ha tendido en el diván, cubriéndose con el batín.)

Adolfo Ya decía yo que se me olvidaba algo... La señorita Lina pasó por aquí esta tarde, y me dijo que mañana, á las cuatro y media, vendrá por usted para ir á pescar, pero sin falta, porque dice que el señorito, desde hace tres semanas, lo está dejando de un día para otro, y que, como cambia la luna, no sé cuando, los cangrejos se van...

Jorge ¿Aburridos de tanto esperar, eh? Nada, nada, el ponche y á dormir. ¡No compliquemos la vida más de lo que ya está la pobre! (Adolfo vase por la izquierda. Jorge saca del sobre una de las cartas.) Nunca he tenido más suerte. Esta, loca por mí. (Besando el papel.) ¡Deliciosa! (Leyendo la otra carta.) ¡Y ésta, más loca! ¡Y más deliciosa! Es decir, más, no: tanto. Y todo, llevado con una habilidad... Nadie sospecha nada, no hay miedo. Bueno... ¡Y pensar que hay hombres que quieren á su mujer para ellos solos! Porque los hay, los hay... ¡Serán egoistas!.. (Suena un timbre eléctrico dentro y lejano. Jorge se incorpora.) ¿A quién se le ocurrirá á estas horas?... (Guarda apresuradamente las cartas al oir que se acercan. Vuelve á tenderse en el diván.)

Adolfo (Dentro.) No, señor, no... Ahora se iba á acostar.

(Entra LUCIANO.)

Jorge (Vivamente alarmado.) ¿Tú... á estas horas? ¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Es que te ha ocurrido alguna novedad?

Luc. No, querido, no te entusiasmes. No pasa nada... nada. Tranquilízate. (Jorge se queda mirando á su amigo, cada vez más inquieto. Luciano se quita los guantes con mucha calma. Es, en todo momento, y más que nunca, durante toda esta escena, el hombre de mundo, superior al medio en que vive y á cuantos le rodean, maestro de la vida, un filósofo.) Que no tenía sueño. Se me ocurrió darte una sorpresa... y dije: Voy á echar un párrafo con aquel, si es que que no se ha acostado aún.

Jorge Pero, si acabo de cenar en tu casa, y hemos pasado cinco ó seis horas juntos...

Luc. Eso es... ¿No recuerdas que me has dicho muchas veces: «Hombre, cuando pases por allí haz el favor de subir alguna vez á fumar un cigarro?...» Pues á eso vengo.

Jorge Pero, hijo... ¡A las tres de la mañana!

Luc. Razón de más para que me agradezcas la visita... Pero vuelve á tenderte como estabas, ¿eh? Hablaremos muy bien así, tú en tu divan y yo en este sillón. (Obligándole á acostarse.) ¡Haz el favor!

Jorge (Vuelve á tenderse.) Como quieras.

Luc. (Le ofrece un cigarrillo y enciende otro.) Es que no hemos podido hablar esta noche en casa, de mi viaje á París, de las negociaciones que llevo con los americanos...

Jorge (Bostezando.) ¿Y qué?... ¿Va bien eso?

Luc. No tan bien como yo esperaba. Antes de irme tenía ya trazado mi plan, y pensé que todo me saldría á pedir de boca... Pues, mira, no. Se presentan dificultades... Claro que no me desanimo por eso. Ni por nada. Yo soy hombre de recursos, y cuando me propongo una cosa, la consigo... (Transición.) Oye, ¿pero no te ahogas aquí dentro? ¿Cómo lo tienes todo tan cerrado, con el calor que hace?

(Adolfo entra á dejar el servicio del ponche pedido encima del velador.)

Jorge Te diré: como ya me iba á dormir cuando tú has venido...

Luc. (Abre la ventana.) ¿A dormir? Pero, ¿á quién se le ocurre acostarse á estas horas, que son las mejores del día?... ¡Si son las únicas en que se puede respirar! ¡Y ahora mismo, dentro de un rato, que va á salir el sol, y desde aquí será un espectáculo soberbio.

Jorge (Incorporándose vivamente.) Pero, oye, oye... ¿Es que te propones pasar aquí toda la noche?

Luc. Hombre, toda la noche ya no puede ser, porque he venido demasiado tarde... (Vuelve á sentarse junto al diván.) ¿Has leído los periódicos de hoy?

Jorge No... sí... sí...

Luc. Parece que se complica el asunto ese de Turquía... *Cuando yo era primer Secretario en Berlín, me dijo un día en secreto el cancillier Bulow: «El Oriente, joven, es el Oriente»... ¡Y no creas, ¿eh? no creas, en el fondo tenía razón!*

Jorge (Bostezando.) Perdóname, ¿sabes? pero es que no he dormido ni tres horas desde hace...

Luc. (Echándose atrás para adoptar una postura cómoda en el sillón.) Bueno, ya veo que te aburre el Oriente. A otra cosa... Oye...

Jorge (Medio dormido.) ¿Qué?

Luc. (Con la mayor naturalidad, sin concederle importancia á la pregunta.) ¿De modo que... le haces el amor á mi mujer?

Jorge (Dando un brinco.) ¿Yo?

Luc. Tú, querido Jorge.

Jorge (Saltando al suelo.) ¡Eso es una infamia. ¿Quién es el miserable que te ha dicho eso?

Luc. (Sin perder nunca su calma imperturbable.) Pero, hijo, no merece la pena de que te levantes. El hecho de que des un salto, la verdad, no es una explicación...

Jorge Oye, Luciano, es que yo te doy mi palabra de honor...

Luc. ¡Ay! Querido Jorge... ¡mal! ¡muy mal!... Veo que no quieres ser franco conmigo.

Jorge Pero hombre, ¿en qué te fundas para creer semejante barbaridad?

Luc. Mira; hay en el tocador de mi mujer una mesita americana, que le has regalado tú, por cierto. Esta tarde tenía yo que ponerle dos letras á uno, y buscando papel de car-

tas entro en el cuarto de Julia... Abro la tal mesita, empiezo á trastear en ella y de repente, al oprimir por casualidad un resorte, se levanta la tapa de un cajón del fondo... y me encuentro con esto... (Saca unas cartas.)

Jorge (Aterrado.) ¿Mis cartas?

Luc. Tus cartas, que son una preciosidad, chico, un encanto. Claro que no hay aquí muchas ideas, pero el papel ¡oh! el papel no puede ser mejor ni más elegante.

Jorge (Secamente.) Oye... Luciano.

Luc. (Risueño y amable.) ¡Hijo, por Dios! Supongo que no te vas á enfadar por tan poca cosa...

Jorge (Lleno de confusión.) Amigo Luciano... Yo podría negártelo todo... pero... no lo haré, porque se trata de tí... y luego, porque tienes mis cartas... Pero puedo jurarte, y te juro, que no se trata más que de un sencillo *flirt*... Que mis intenciones... ¿sabes? mis intenciones...

Luc. Hombre, no... ¡Eso desde luego! Ya sé yo que tú no te proponías conseguir más que... lo que buenamente te quisieran dar... ¡A la fuerza nada! Ya lo sé: una distracción de tres ó cuatro meses, de medio año á lo sumo, porque claro es que, por tratarse de mí, por amistad, algún sacrificio tenías que hacer...

Jorge (Asombrado.) ¡Esto es... inaudito, fantástico!

Luc. No... ¡Si tú me quieres! Hablas de mí cariñosamente en todas tus cartas. (Hojeándolas.) Y son muy bonitas, créeme: esto respira juventud... frescura... ¡sobre todo, una frescura!... (Leyendo.) «¿Se ha acordado usted, querida amiga del alma, de aquella estrella que nos hemos prometido mirar á la misma hora? ¡Yo no he dejado de mirarla en todo el día!» Oye, oye: ¿cómo demonios te las arreglas para ver una estrella de día?

Jorge Hombre... veo el sitio en que debe estar... Me parece que no es tan difícil. (Se ha incorporado de nuevo.)

Luc. ¡Ah! Vamos... ya. ¡Pero, bueno, haz el favor de acostarte, hijo, haz el favor!.. ¡Acabarás por coger un constipado!

Jorge Como quieras. (Se tiende.)

Luc. (Leyendo, se ríe.) ¡Ja, ja!

Jorge (Secamente.) ¿Qué hay de nuevo?

Luc. Nada, la ortografía... Amor *apasionao* sin *d*... Tú quitas la *d*, pero en cambio añades pasión Nadie le habrá escrito á Julia apasionado sin *d*. Y naturalmente, semejante novedad á la pobre mujer la conmueve, la trastorna. Es indudable. (Con la mayor jovialidad.)

Jorge (Suplicante) Bueno .. mira... si te parece...

Luc. ¡Hijo, por Dios, no te vayas á incomodar!... ¿No me estás viendo á mí? ¿Tú ves que yo me enfade?

Jorge (Tranquilizado.) No; la verdad es que tú...

Luc. ¡Pues no faltaba más, hombre! ¡Dos amigos de toda la vida! ¡Que se quieren de todo corazón! ¡Porque, hijo, la verdad, yo te quiero!...

Jorge (Abrazándole.) Como yo á tí.. Ya lo sabes...

Luc. ¡Claro, hombre, claro! Y además, que todo esto no tiene ninguna importancia. Pero absolutamente ninguna. No hay más que una cosa que podría complicar un poco la cuestión.

Jorge ¿Sí? ¿Cuál?

Luc. No es una cosa del otro jueves... pero, en fin, podría tal vez...

Jorge Pero bueno, dí; explícate! ..

Luc. Pues hijo .. ¡que también la haces el amor á Fernanda!

Jorge (Saltando del diván al suelo.) ¿Yo?

Luc. Tú, hombre, tú... Pero te advierto que me mareas con tanto levantarte y acostarte...

Jorge Oye, Luciano... ¡Es que yo te doy mi palabra de honor! (Luciano saca otro paquetito de cartas de otro bolsillo.) ¿Mis cartas?

Luc. Tus cartas... Tus cartas á Fernanda.

Jorge Pero, señor... ¿cómo es posible?

Luc. Muy sencillo. Después de mi hallazgo en el cuarto de Julia, un poco mortificado, te lo confieso,—claro que se me pasó en seguida, ¿eh?,—salgo y me voy á casa de la otra. No estaba. Y, como gracias al incidente aquel, yo seguía teniendo necesidad de poner las dos letras, y para eso hacía falta papel y pluma, al ver en el gabinete de Fernanda otra mesa idéntica, regalo tuyo también como la otra. . (Se pone á hojear las cartas.)

Jorge (Lleno de confusión.) Pero, Dios mío, la verdad es que... ¡Mira que son fastidiosas las mujeres! ¡En qué compromisos le meten á uno! ¿eh? Bueno, tú ya comprenderás...

Luc. Oye... Tampoco están mal estas, no vayas á creer. Hay aquí tantas faltas de ortografía como en las otras... pero no son las mismas. ¡Eres un mozo de cuidado!

Jorge Bueno, ¿quieres dejarme hablar? ¡Si vas á ver!... Claro que todo esto parece una cosa muy complicada, una cosa grave... desde hace un rato, vamos, ahora .. Porque, antes... como tú no lo sabías, pues la cosa no tenía nada de particular; pero, en fin... yo... en este momento...

Luc. Sí... tú en este momento, me vas á hacer un favor.

Jorge Lo que tú quieras, dí.

Luc. ¡Estate quieto de una vez!

Jorge Pero, si es que...

Luc. Echate, hombre, que te vas á enfriar. (Obligándole á tenderse y tapándole con el batín.) Así... Eso es. Ahora sigamos... Bueno... ¿Y qué piensas hacer?

Jorge ¿Cómo?

Luc. Digo que «qué piensas hacer».

Jorge Pues, hijo, ¡qué sé yo! Lo que tú quieras. ¿Quieres que me vaya de aquí? Pues mañana mismo me destierro.

Luc. Eso es; para proporcionarte la aureola de la ausencia, ¿verdad? No, querido, no.

Jorge Entonces... tú dirás.

Luc. Mira, ya conoces mi carácter... Yo soy un hombre muy casero, muy hecho á la vida de familia. He vivido hasta ahora tranquilamente, sin un disgusto. Tengo cuarenta y cinco años, y mucho miedo á perder la dichosa paz que disfruto. Mi ahijada Lina ha crecido, ya está hecha una mujer, y me preocupa bastante. Total, que ha llegado la hora de simplificar mi vida, y tú vas á proporcionarme los medios.

Jorge No te entiendo.

Luc. Oye: Julia y Fernanda te gustan... y tú á ellas, según parece. Yo las quiero mucho á las dos, pero hijo, francamente, antes de

que me engañen por partida doble, prefiero renunciar á la una ó la otra, y por eso vengo á proponerte una solución inesperada.

Jorge ¿Cuál?

Luc. Esta: Elige.

Jorge ¿Qué quieres decir?

Luc. No quiero decir nada. Digo: elige.

Jorge *Pero, ¿estás loco? ¡Que yo!... ¿Entre Julia y Fernanda? ¡Eso es una locura! Eso... (Se levanta de un salto.)

Luc. Pero, hombre, ¿á dónde vas? ¿Quieres estarte quieto de una vez?

Jorge ¡Ah! ¿pero quieres que me esté quieto cuando me acabas de decir?...

Luc. Sí, te digo, escoge:* si prefieres á Fernanda te la cedo, te casas con ella y yo me consagro en absoluto á Julia. Si es Julia, yo me divorcio y me caso con la otra. En ambos casos todo se hará de una manera correcta, honrada y legítima, y acaba la historia en dos matrimonios, como una comedia del antiguo régimen.

Jorge Pero, ¿hablas en serio? ¿Formalmente quieres que yo?...

Luc. Sí, hombre, sí...

Jorge Bueno, mira... Yo te lo agradezco con toda el alma, pero no acabo de creer... no concibo, la verdad... No concibo...

Luc. Sí es una cosa sorprendente. No cabe duda. Ya sé yo que á los espíritus superficiales esto les parecería una inmoralidad, porque suele parecer inmoral todo lo que no es hipócrita. La gente encontraría mucho más lógico que nos rompiéramos la crisma. ¿Tú y yo? Dos amigos de toda la vida. Pero, hijo, yo no creo que en el siglo veinte tengamos derecho á tratar las cuestiones sentimentales como se trataban en el siglo quince...

Jorge (Distraído, sin saber lo que dice.) Claro... en el siglo quince... pues figúrate si estaban atrasados.

Luc. Es increible. Vivimos en una época de progreso que asombra. La ciencia lo ha transformado todo, todo, menos una cosa.

Jorge (Idem.) Sí, es verdad. ¿Cuál?

Luc. El amor. Es un hecho indiscutible: no hay progreso en amor.

Jorge No lo hay, es verdad.

Luc. Pues bien, yo tengo el orgullo de aportar mi modesto grano de arena á la obra del progreso, y este grano de arena es decirte, como te digo: «Elige.»

Jorge Pues, mira, no creas, es un grano... que ya, ya: porque, hijo, ¿quién se iba á figurar... una cosa así? Me coges desprevenido... y y ahora, de repente, ¿cómo quieres que yo me decida...?

Luc. No; si te daré tiempo, todo el tiempo necesario.

Jorge ¡Ah! vamos, gracias.

Luc. Sí; un día... ó dos. (Desaliento en Jorge.) Tres á lo sumo. Tú verás á las dos señoras durante todo el día. Nos encontraremos por la noche en el baile del Casino, y en cuanto estés decidido me participas tu resolución.

Jorge Me pides un sacrificio... un sacrificio enorme, superior á mis fuerzas. Pero en fin...

Luc. Y ahora... (Se ha puesto en pie: saca del bolsillo del del pecho un sobre cerrado.)

Jorge (Asustado.) ¿Otro?... ¿Y eso qué es?

Luc. Un sobre cerrado, sellado con mis armas.

Jorge Pero supongo que tendrá algo... dentro.

Luc. Sí, una pequeña satisfacción de amor propio

Jorge ¿Para mí?

Luc. No, hijo, por Dios... Tú eres insaciable. Esta es para mí. ¿Dónde quieres que lo guardemos? (Viendo la mesita americana.) ¡Ah! ¡Otra mesa! Vamos, decididamente es que las fabricas tú. (Va á levantar la cubierta.)

Jorge (Alarmado.) ¡No abras!

Luc. ¡Ah! Sí... tienes ahí dentro las contestaciones, ¿eh? Bueno, tú mismo lo guardarás. ¿Sabes lo que hay aquí? (Mostrando el sobre que deja sobre la mesa.) Pues el nombre...

Jorge El nombre... ¿Qué nombre?

Luc. El nombre de la que tú vas á elegir.

Jorge (Con asombro.) ¡Eso significa!... ¡Luego es que tú lo has adivinado!(Luciano se ríe sin contestar.) Y, vamos á ver: ¿cuál? Dímelo.

Luc. No faltaba más.

Jorge ¿Fernanda?

Luc. ¡Qué sé yo!

Jorge ¿Julia?

Luc. ¡Quién sabe!...

Jorge Pero, ¿ha de ser una de las dos?

Luc. Es posible. ¡Ah! Oye. Es necesario que me des tu palabra formal, tu palabra de honor, de que no has de abrir este sobre antes de haberte decidido por una mujer. ¿Me lo prometes?

Jorge Sí.

Luc. Pues, entonces, querido, todo se arreglará perfectamente. Pero voy á dejarte. Ya sale el sol. Adiós, que descanses. (Le abraza.)

Jorge ¡Adiós, querido Luciano! Buenas noches, digo, buenos días... digo... Adiós. (Sale Luciano izquierda y Jorge vuelve á coger el sobre que dejó aquél en la mesa pequeña.) Parece un sueño... ¿Cuál voy á elegir, Señor? Si es que las dos me tienen loco... ó ninguna de las dos me importa nada. (Por el sobre.) ¿Y esto? ¡Qué broma, eh! ¿Cómo es posible que haya adivinado él?... ¡Hombre, daría algo por elegir *la otra!* ¡Sólo por dejarlo en ridículo! Sí, pero... ¿cuál? Bueno, dejémoslo. Seis horitas de sueño lo arreglarán todo. Pero, cuando me despierte, el problema seguirá en pie...

(Se dirige rápidamente á la puerta cuando se oye la voz de LINA fuera, por la ventana, y dos ó tres manzanas pequeñas, caen dentro de la habitación.)

Lina (Fuera.) ¡Eh! joven... joven... Así me gustan á mí los chicos, madrugadores.

Jorge (Muy sorprendido.) Pero... ¿qué es esto? ¿Qué es lo que tiran ahora? Manzanas... (Cogiendo una del suelo.) ¡Ahora me tiran manzanas! ¡Bueno, esto ya es!... ¿Quién es el gracioso? (Asomándose á la ventana.)

Lina ¡Cuando usted quiera! Buenos días.

Jorge Pero... ¿Quién es?

Lina Yo, Lina, vamos... ¿Baja usted?

Jorge ¿Que baje?

Lina ¡Claro!... ¡O baja usted ó subo yo!

Jorge Eso podíamos hacer.

Lina Diga usted que me abran. ¡Y si no, no hace falta! Aquí hay una escalera.

Jorge Pero, ¿qué va usted á hacer, criatura? ¿Qué

va usted á hacer? ¡Que se va usted á matar! (Se ven los extremos de una escalera que apoyan en el alfeizar de la ventana y aparece LINA vestida con un traje de pescadora muy sencillo. Lleva el pelo suelto y un sombrero de paja ordinaria con un lazo grande, una blusa de marinero y una falda tableada, muy corta. Calcetines del color del traje y zapatos bajos de lona. Lo esencial es que la actriz esté lo más bonita posible, y para eso no hace falta indicaciones del autor sino buen gusto y un espejo, dos cosas que no deben, faltar en el tocador de una mujer, sea ó no artista.)

Lina No hay miedo. Pero... ¿Es que se ha acostatado usted vestido? ¿No le advirtieron que yo vendría por usted á las cuatro y media?

Jorge ¿A las cuatro y media de la tarde?

Lina Calle usted, hombre. ¡De la mañana! ¿Se figura usted que los cangrejos van á estar esperándole todo el día?

Jorge Bueno, Lina. Baje usted de ahí. Pueden pasar y verla. ¿Qué van á decir? ¿Usted sabe lo que parece?

Lina Sí, señor, Romeo; y usted Julieta una Julieta bastante aceptable en su género. (Declamando cómicamente.)

«Adiós , Julieta, amor de mis amores,
ya sale el sol, ya palidecen las estrellas...
ya el canto de la alondra...»

Jorge ¡Pero hija, por Dios! ¡calle usted! ¡Vaya un escándalo! ¿Qué van á decir? Pase usted, pase usted... Es preferible...

Lina Eso es... (Saltando ayudada por él.) ¡A bordo! Bueno vaya á usted quitarse todas esas elegancias y póngase lo más viejo que tenga. (Deja los bártulos de pescar en el mueble de las porcelanas.)

Jorge ¡Ca, no señora!... Si me voy á dormir. Si me estoy cayendo de sueño... ¡Usted no sabe cómo estoy!

Lina Sí que tiene usted colorcito de tierra cocida. Pero en cambio su cuarto me gusta... Es elegante... (Mirando los muebles. De pronto da un grito al ver un cuadro.) ¡Dios mío! ¿qué es esto?

Jorge ¿No lo ve usted? Una marina.

Lina ¡Qué horror: ¡Calle usted, hombre! ¡Qué ha de ser eso una marina! ¡Eso es un crimen!... ¡Una vergüenza! ¿Conoce usted al autor?

Jorge Es un amigo mío.

Lina ¿Pero estará en presidio, eh?

Jorge ¡Parece mentira! ¿Y no le da á usted vergüenza ir así por la calle?

Lina Pero, ¿quería usted que para saltar por las peñas y meterme en el agua me pusiera un vestido de cola?

Jorge ¿Y no hace falta peinarse tampoco?

Lina No, porque luego en la playa ha de peinarme á su gusto...

Jorge ¿Quién?

Lina El viento... Que no hace dos peinados iguales: es un artista.

Jorge ¡Qué notable es usted!

Lina Pero, bueno... ¿viene usted ó no viene?

Jorge No puedo; de verdad.

Lina Hace usted mal. Tenía que decirle una cosa, de la cual puede que dependa su porvenir.

Jorge ¿El porvenir? ¿Y cree usted que me importa eso algo?

Lina No; si ya sé lo que es. Que tiene usted miedo de que le arañen... Tiene usted miedo de que se lo digan á sus dos señoras...

Jorge ¿Cómo? ¿Mis dos señoras? ¿Qué quiere decir eso?

Lina ¡Y lo pregunta! ¡Demasiado lo sabe usted!

Jorge ¿Yo? A ver, á ver... Haga usted el favor de explicarse.

Lina Si no hace falta..: No venga usted haciéndose el tonto. ¿Usted se cree que nadie lo ha visto? Pues se necesita estar ciego. ¡Y las tontas se lo han créído!

Jorge Pero... vamos á ver...

Lina Eso digo yo, vamos á ver.. diga usted. con franqueza, ¿eh? ¿Está usted enamorado de alguna de las dos?.. ¿Quiere usted á Julia? ¿No? ¿A la otra? (Jorge hace gestos negativos.) ¿De verdad que no?

Jorge De verdad. Si no se trata más que de una broma..., de amenizar el veraneo... Y nada más, créalo usted.

Lina (Con un suspiro.) ¡Ay! ¡cuanto me alegro!.. ¡No sabe usted lo que me alegro!

Jorge ¿Sí? Pero ¿por qué?

Lina Por aquella infeliz.

Jorge ¿Qué infeliz?

Lina Una amiga mía que está loca por usted.

Jorge ¡Hombre! ¿Y la conozco yo?

Lina No, señor... No la conoce nadie... Es, mire usted.. aquella que tuvo una frase cariñosa para usted; la única que le trataba bien en la reunión de sus amigos.

Jorge ¡Ah! Sí... Ya me acuerdo. ¿Y cómo es... cómo es?

Lina ¡Ah! Pues .. así.. simpática.

Jorge ¿Bonita?

Lina (Vacilando.) Lo será, lo será cuando la enseñen á serlo.

Jorge Pero... ¿Tiene talento?

Lina ¡Ay, no, señor! Eso sí que no. ¡Es imbécil! Figúrese usted, que se le ha metido en la cabeza casarse con usted.

Jorge ¿Conmigo?

Lina Sí... ¿Qué le parece á usted?

Jorge ¡Oh, un disparate!

Lina ¿Verdad que sí? Eso digo yo. Pero, mire usted, ella tiene tal confianza, que siempre me contesta le mismo: «Bueno; él que diga lo que quiera... De todas maneras he de casarme con él.»

Jorge (Asombrado.) ¡Delicioso!

Lina Hasta el punto de que lo tiene todo previsto. Sí, ya tiene buscada la casa, una habitación preciosa en el paseo de Orsay.

Jorge ¿En el paseo de Orsay?

Lina Sí, señor. Ella tiene mucho empeño en que sea allí precisamente.

Jorge ¿Y por qué?

Lina ¡Ah! Por los niños.

Jorge ¿Qué niños?

Lina ¡Toma! Los de ustedes. Ella quiere que sean tres, dos niños y una niña.

Jorge No está mal.

Lina Excuso decir á usted; ella está ocupadísima como es natural, como se está siempre días antes de la boda, porque supone que será muy prouto... Sólo una cosa le preocupa...

Jorge ¿Sí? ¿Una cosa nada más? ¿Y cuál es?

Lina Lo pequeña que es la iglesia de los Santos Juanes, que es su parroquia. En su última carta me decía: «Jorge tiene tantos amigos, que no van á caber allí...»

Jorge (Con explosión de impaciencia y de asombro.) Bueno... mire usted... Yo he oído en mi vida cosas estupendas, sobre todo esta noche... Pero, como esta... ¡como ésta, no; como esta ninguna!

Lina ¿Qué quiere usted? ¡Ella tiene una confianza!... ¿Y quiere usted que le diga mi opinión? Pues, bien, yo creo que no se equivoca.

Jorge ¿No?

Lina No, señor. Porque usted es un hombre que no sabe lo que quiere, un hombre sin voluntad propia, incapaz de decidirse nunca por nada, ni siquiera por una mujer...

Jorge Hombre... ¿De veras?

Lina Sí, de veras. Es usted como un bastón, como una corbata bonita, que está en el escaparate de una tienda... Y, claro, no se mueve; la corbata no dice: «Ahí está mi comprador, me gusta.» Es el comprador el que dice: «Me gusta esa corbata, es bonita...» Y entra por ella. No; á la mujer que ha de llenar su vida, no es usted el que la ha de elegir... Es ella la que le ha de elegir á usted. Y eso, sin duda, es lo que ha pensado mi amiga. No crea usted que discurre mal, no tiene nada de tonta.

Jorge No, pero de todas maneras, si quiere usted hacerle un favor, dígale usted que no vuelva á acordarse de mí, porque yo, yo no he de pensar en ella nunca.

Lina ¿Quién sabe?

Jorge No, señora, no. En primer lugar, hay una cosa que nos separa por completo.

Lina ¿Y es?

Jorge Que se trata de una muchacha... soltera.

Lina ¡Ah! ¿Y es alguna desgracia que una muchacha sea soltera?

Jorge No; pero... es que para mí, están fuera de concurso.

Lina No lo entiendo.

Jorge Pues... lo malo es que me parece bastante difícil de explicar. Bueno, mire usted: á muchos les parecerá una ridiculez, una cursilería, pero yo... yo á las muchachas solteras las respeto.

Lina ¡Ah! Eso está muy bien.

Jorge Sí, eso está bien... Pero, lo que no está tan bien, y desgraciadamente constituye la esencia de mi carácter, es que yo no puedo llegar á querer nada de lo que respeto... (Subrayadísima la frase, que es como el tema fundamental de la comedia.)

Lina Sí que es raro eso.

Jorge Mucho, pero, créalo usted: las personas decentes me cargan; los señores de edad, esos que le dan á uno consejos... me abruman. Los libros que admiro son los que menos leo... La virtud me aburre. No me gustan más que los amigos superficiales y las mujeres... locas.. En fin, hay en mí un angelote bobalicón, que no tiene ninguna influencia, y un demonio que hace siempre lo que le da la gana. Y el resultado es la vida que llevo.

Lina Ya, ya.. una vidita...

Jorge Una vida ciega, desolada... ¡estúpida! ¡Y si viera usted qué pena me da ser como soy!.. ¡Lo que yo daría por ser otro hombre!...

Lina ¿Y quién le ha dicho á usted que no puede cambiar? (Con alegría y solicitud cariñosa.) ¡Ha hecho usted muy bien en hablarme así... Se lo agradezco mucho, de veras, mucho.

Jorge El caso es que... yo mismo no me doy cuenta de lo que digo. No he sido tan sincero nunca con nadie.

Lina ¿Con nadie?

Jorge Nunca, se lo aseguro. Y no me arrepiento, no. Al contrario, me alegro mucho.

Lina Y yo también.

Jorge Sí, de veras. Usted me trató siempre muy mal, con dureza, con despego. Pero de todas maneras, me pareció siempre una enemiga en quien podía tener absoluta confianza.

Lina Pues, usted á mí... un amigo... de quien debía desconfiar. Pero, no, desde ahora ya no. Ya no le diré á usted más tonterías; desde hoy seré su amiga, su confidente, su aliada... En serio, puede usted estar seguro de que si alguna vez tiene preocupaciones, disgustos, penas... Eso puede llegar algún día...

Jorge (Vivamente.) ¿Que si puede llegar? Vaya si puede... ¡Como que no llega otra cosa!

Lina ¡Ah! ¿Tiene usted preocupaciones? ¿Tiene usted penas? ¡Qué gusto!

Jorge ¿Sí?

Lina Porque le podré ayudar yo... le podré servir de algo.

Jorge No...

Lina Sí, señor, sí. Vamos á ver. ¿De qué se trata? ¿De negocios?

Jorge Cá... Si yo no hago nada de provecho.

Lina Pues entonces... ¿Qué es?

Jorge Nada... (Llevándose la mano al pecho.) Cosas íntimas...

Lina (Sorprendida.) ¿Intimas? ¿Pero no me acaba usted de decir que no quería á nadie? ¿Que no estaba enamorado de nadie? ¿No me lo ha dicho usted antes?

Jorge Sí, pero, es que antes no era usted tan amiga mía, antes no tenía yo la confianza... Ahora ya le puedo hablar á usted con toda franqueza y confiárselo todo... Sí, señora, sí; estoy enamorado.

Lina (La frase ha de ser una explosión.) ¿Que está usted enamorado? (Jorge, mudo de asombro, dice que sí, con un gesto.) ¿Y de quién? Vamos á ver, ¿de quién?

Jorge ¡Oh! Eso comprenderá usted...

Lina No comprendo nada. ¿De quién? Yo quiero saberlo, y usted me lo ha de decir, porque soy su amiga, su consejera. ¿De quién? Hable usted... ¿De quién? (Jorge dice que no con la cabeza.) ¿No quiere usted decírmelo?...

Jorge Pero, señor... ¡Si es que no tiene sentido común! ¿Usted me contestaría si yo le preguntase una cosa semejante?

Lina Claro que le contestaría.

Jorge ¡Ah! ¿Sí? Vamos á verlo. ¿Usted está enamorada?

Lina Sí, señor.

Jorge ¿De quién?

Lina De usted.

Jorge ¡De mí!... ¡Bueno! ¡Bien! (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡No me faltaba más que esto! Yo me decía, vamos á ver; ¿qué me falta? Algo me falta... ¡Y era esto!

Lina (Violenta, fuera de sí.) Y ahora, que ya sabe usted mi secreto, necesito decirle lo que pienso de usted, lo que me ha parecido usted siempre: ¡un majadero, un trasto, un babieca... un memo!

Jorge Pero, oiga usted, oiga usted...

Lina (Dirigiéndose rápidamente al mueble en que dejó los aparejos.) ¡Ah! Pero esto no quedará así... ¡No tenga usted cuidado! Yo le demostraré á usted lo que es una amiga de verdad. Yo sabré quién es esa mujer, yo descubriré ese amor, y, como será una indecencia, lo diré á gritos, se lo d ré á todo el mundo, y armaré un escándalo... ¡Vaya si lo armaré! (Al recoger sus bártulos derriba la otra porcelana que se hace añicos.) ¡Me alegro!

Jorge ¡La pareja!... ¡Ya está... completa!

Lina (Desde la puerta izquierda.) ¡Estafador! ¡Granuja! ¡Tramposo! (Vase.)

Jorge ¡Qué noche, Señor!

Lina (Asomando la cabeza.) ¡Imbécil!... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración. En el velador central recado de escribir y algunos libros; entre ellos una Guía de ferrocarriles. Sobre la cubierta de la mesita americana de la izquierda, sigue el sobre cerrado que dejó Luciano. Los muebles en el mayor orden. Son las nueve de la noche.

—

(Un LACAYITO por la izquierda, trae al hombro el abrigo y en la mano el sombrero de Jorge.)

Lac. ¡Señor Adolfo! ¡Señor Adolfo! Pero... ¿es que no hay nadie aquí?

Adolfo (Por la derecha.) ¿Quién es? ¿Qué pasa?

Lac. ¡Buenas, señor Adolfo! El señorito ¿no ha vuelto aún?

Adolfo Desde las doce que se fué. Y me extraña, porque no ha venido á almorzar, ni á comer, y son las nueve... ¡No lo entiendo!

Lac. Yo le diré á usted: ha comido en el Círculo. Pero esta noche, al irse, yo no sé en qué estaría pensando, que se ha llevado por equivocación el sombrero del Presidente y el abrigo del Coronel. Y yo venía á deshacer el cambio. (Alargándole las prendas que trae.)

Adolfo Bueno, cuélgalo ahí fuera en el perchero. ¡Pues ya es equivocación! ¿En dónde tendría la cabeza? (El Lacayo sale izquierda y vuelve al instante.) La verdad es que debe de estar el pobre deshecho... Hemos pasado una nochecita...

Lac. ¡No, si es que yo creo que á su amo de usted le falta un tornillo! (Llevándose el índice á la sién.)

Adolfo ¡Oye, tú!... (Amenazándole.) ¿Qué es eso?

Lac. ¡Una opinión personal! Bueno... Usted me mandará el otro sombrero y el otro gabán cuanto antes ¿eh? ¡Si es que no los ha perdido por el camino!... ¡Abur! (Vase por la izquierda silbando el «Ven y ven» ú otra cosa por el estilo.)

Adolfo Estos chiquillos no respetan nada. (Se oye fuera la voz del Lacayo.)

Lac. Buenas noches, señoritos... Que ustedes lo pasen bien.

Adolfo ¿Quién será? (Entra LUCIANO seguido de Julia y Fernanda.) ¡Ah! Buenas noches, señor Conde.

Luc. ¡Hola, Adolfo! Dígale usted al señorito que ya estamos aquí.

Adolfo No; si no ha vuelto aún el señor.

Julia ¿Cómo que no ha vuelto? Pues sabía que íbamos á venir...

Fer. ¡Claro que lo sabía! En eso quedamos.

Adolfo Si los señores quieren sentarse y descansar un momento.. Ya no tardará... supongo yo.

Fer. Pero es muy raro esto... ¡Ese muchacho ha perdido el juicio!

Adolfo Eso creo yo, señora... pero no está bien que lo diga.

Luc. (Mirando el reloj.) Tenemos tiempo. Qué, ¿lo esperamos un poco?

Julia Bueno.

Fer. Esta tarde ha venido á verme y traía una cara de desenterrado... ¡Y un aire de preocupación y de susto!...

Julia Sí; en casa también estuvo, y lo mismo: inquieto, sumamente nervioso, como aturdido... (Suena el timbre de la puerta.)

Fer. ¡Ya está ahí!

Luc. (Que se adelanta á mirar por la izquierda.) No, es Morán.

Morán (Entra MORÁN por la izquierda, y estrecha la mano á todos.) ¡Hombre! ¡No saben ustedes lo que celebro encontrarles! ¿Todos bien?... (Bajando la voz.) ¿Está Jorge?

Luc. No, lo esperamos...

Morán (Confidencialmente.) Bueno, á ese chico le pasa algo. ¡No me cabe duda! ¿Ustedes saben que haya tenido alguna desgracia? ¿Estará enamorado?

Luc. Pero... ¿por qué lo dices?

Morán Porque estoy seguro de que ha perdido la chaveta. ¡No está en sus cabales, no... de verdad!

Luc. ¿Y en qué te fundas para suponer?...

Morán A eso voy. Esta tarde estábamos de sobremesa, en la terraza del hotel, viendo la entrada de un buque. Yo seguía la línea de la costa con los prismáticos cuando de repente me fijo en la Cruz de San Hilario, ya saben ustedes, en la unión de las dos carreteras; á la derecha, la de la playa, que va á su casa de ustedes, (A Julia.) y á la izquierda la del muelle, la de la estación...

Fer. Sí; que pasa por delante de mi jardín.

Morán Eso es... A dos pasos de su puerta. Al pié de la Cruz hay un montón de piedras, que yo distinguía perfectamente con los gemelos... ¿Y saben ustedes quién estaba sentado en el montón de piedras? Jorge.

Julia ¿Sí?

Luc. Es que busca la soledad para meditar á sus anchas. Pero, sigue...

Morán Ahora viene lo bueno. A los pocos minutos de observarle yo, se levanta mi hombre, mira á lo largo de los dos caminos, lleno de perplegidad... Parecía vacilar, antes de decidirse... Contempla una carretera, luego la otra...

Luc. (Aparte.) ¡Pobre muchacho!

Morán Emprende rápidamente el camino de la playa y da ocho ó diez pasos, luego vuelve, y da otros ocho ó diez por la carretera de la estación... Regresa al punto de partida... Y vuelve...

Fer. ¡Qué cosa más notable!

Morán Y la misma maniobra una porción de veces... Hasta que se le ocurre adoptar, de pronto, una resolución...

Julia ¡Ah! Vamos... ¿cuál?

Morán ¡Sentarse de nuevo en el montón de piedras!... Y allí me lo he dejado. Ya tenía la vista cansada de mirar con los anteojos... Pero, excuso decir á ustedes la gana que tendré de verlo, para que me explique de una vez...

Luc. Ahí lo tienes.

(Aparece JORGE—traje de calle—con un sombrero muy pequeño y un abrigo muy largo, ó muy corto, lo mismo da. Se queda contemplando á sus amigos, como si no los conociese.)

Todos ¡Gracias á Dios!

Julia Pero... ¿qué sombrero es ese?

Jorge (Quitándoselo.) ¿Este sombrero?

Fer. Y ese abrigo... ¿de quién es?

Jorge ¿Este abrigo?... ¡Ah! Sí... ¡Pues que me he equivocado en el Círculo! No sé dónde tengo la cabeza... ¡Adolfo! ¡Adolfo! Toma esto. (Adolfo ha entradó y se lleva el abrigo y el sombrero.) Perdonen ustedes, ¿eh? No me acordaba que teníamos que ir... (Ha estrechado la mano á las señoras.)

Morán Oye, querido: ¡no sabes la gana que tenía de que vinieras! ¡Me tienes más intrigado que un folletín de Rocambole!

Jorge ¡Hombre! ¿Sí? ¿Por qué?

Morán Porque te he estado siguiendo los pasos esta tarde (Jorge levanta la cabeza con cara de susto.) y tengo una curiosidad enorme por saber en qué paró aquello... Vamos á ver, ¿te has decidido al fin? ¿Por cuál te has decidido?

Jorge (Aterrado.) ¿Qué?

Luc. Sí, hombre, dinos por cuál.

Julia Es preciso que nos lo diga usted. A todos nos interesa.

Fer. Sí, sí... ¡que lo diga!

Luc. Vamos, hombre, dí...

Jorge (Cada vez más perplejo.) Pero... Luciano. ¿Tú sabes lo que...? ¿Y quieres que yo?

Luc. ¿La de la derecha ó la de la izquierda? (Al hacer la pregunta las dos mujeres están, lejos ó cerca, una á cada lado de Jorge. A la derecha Fernanda y la otra á la izquierda.)

Jorge ¡Pero, hijo de mi alma!

Luc. ¡Sí, hay motivo para vacilar!... ¡Es un apuro! La de la derecha es más llana, más cómoda; pero la de la izquierda te habrá parecido más pintoresca...

Jorge (Asombrado.) Pero... ¿qué dices?

Morán Contesta, hombre... ¡Me parece que la cosa no puede ser más sencilla!

Jorge ¡Ah! ¿te parece que... la cosa...?

Fer. Pero, ¿qué le pasa á usted, amigo Jorge?

Queríamos saber sencillamente si esta tarde se ha decidido usted por la carretera de la playa ó por la otra, por la de la estación.

Todos ¡Eso es!

Jorge ¡Ah! Vamos, ya.. sí, ¡muy gracioso! ¡Así es muy gracioso! (Respirando como si se le hubiera quitado un peso de encima.) Pues no sé, no sé... ¡Tiene mucha gracia! (Pausa.) ¿Qué? ¿Nos vamos al Casino?

Morán Pero... si te tienes que vestir aún...

Jorge Es verdad, no me acordaba...

Luc. (A Morán.) Bueno, mira... ¡Tú me vas á hacer el favor de acompañar á las señoras y nosotros iremos detrás...

Julia Sí, eso es.

Fer. ¡Pero que no tarden ustedes! ¿eh?

Jorge No, señora, no; antes de cinco minutos... (Salen: Jorge las despide hasta la puerta.)

Luc. Admirablemente, querido. Ya que estamos solos, ¿no te parece? podemos hablar un rato de nuestros asuntos. (Se sienta.)

Jorge Como tú quieras.

Luc. Pero, siéntate, hombre. Desgraciadamente no hay por aquí un montón de piedras como en la Cruz de San Hilario... A falta de otra cosa, toma una silla.

Jorge Como quieras. (Se sienta.)

Luc. Vamos á ver; cuéntame... ¿Qué hay de nuevo? No tendrás queja de mí. Te he dejado el campo libre todo el día. Y tú, ¿qué?... ¿Has visto claro ya? ¿Has conseguido alguna orientación?

Jorge ¿Yo? ¡menos que nunca!

Luc. ¿Qué me cuentas?

Jorge ¡Eres admirable!... ¡Quisiera yo verte en mi lugar! ¡Pero, hijo, si este caso es tan difícil como el del juicio de Salomón! ¡Y, excuso decirte!... Aquí el chiquillo soy yo! ¡Debieras ayudarme!

Luc. Sí, hombre, sí... Calma, que todo se andará... ¿Has ido á ver á Fernanda?

Jorge Sí. Tuve la fortuna de encontrarla sola. Los cinco primeros minutos de conversación, deliciosos. ¡Estaba más hermosa que nunca, seductora, chico, irresistible! Yo, como nunca, inspirado, feliz, irresistible también. Lo

ví claro, evidente; la interesaba de verdad, y para mí no había otra mujer en el mundo. ¡Estaba ya decidido!

Luc. ¡Bravo!... ¿Y entonces cómo...?

Jorge Entonces, en aquel momento aparece Lina, tu ahijada, en escena; y sucede una cosa extraordinaria. ¿Cómo pudo comprender, cómo pudo adivinar esa niña lo que pasaba en mí? No lo sé. Pero el caso es que con una intención asombrosa, con una picardía infernal, se puso á hacer un elogio de Julia tan entusiasta, tan persuasivo... en una palabra, tan conmovedor... ¿Sabes que tiene mucho talento la chiquilla esa?...

Luc. ¡Ah! ¿Te parece que tiene talento?...

Jorge Mucho. En fin, sus palabras me hicieron tal impresión, que á los dos minutos yo no tenía más que una idea, mejor dicho, un deseo: el de ver á Julia.

Luc. ¡Y, claro! ¿Te irías á su casa?

Jorge Al instante. Llego y estaba sola también. Los cinco primeros minutos de conversación, deliciosos. ¡Estaba más hermosa que la otra! ¡Mucho más! Yo, más inspirado que antes. Tuve de nuevo la impresión de que para mí Julia, y nada más que Julia. ¡Pero, sin duda posible! ¡Si estaba claro! ¡Si era evidente! ¡Y yo decidido!

Luc. ¡Gracias á Dios! ¡Hombre por fin! ¡Por fin!

Jorge ¡Ilusiones todo, hijo mío! Otra vez se presentó Lina con la misma oportunidad que antes... ¡Y la misma gracia! Se puso á entonar un ditirambo en loor de Fernanda... que me desconcertó, dejándome de nuevo sin saber á qué carta quedarme... ¡Es una criatura extraordinaria! ¿sabes?

Luc. ¿Fernanda?

Jorge No, hombre...

Luc. ¿Julia?

Jorge No, hombre, no: Lina.

Luc. (Sonriendo.) ¡Ah! Sí, sí.

Jorge Total: que no hemos adelantado ni un paso. Que cada vez estoy más enamorado, y cada vez... sé menos de quién. ¡Será imbécil esto! ¡Es decir, que voy á pasarme la vida dando vueltas alrededor de mí mismo!...

Luc. Eso es, dando vueltas á la noria, porque tu situación me recuerda á un asno célebre...

Jorge ¿Sí?

Luc. A un asno famoso, del tiempo de las Cruzadas; el asno de Buridan. Es una tradición clásica. Aquel borriquillo que, puesto entre el saco de la cebada y el cubo del agua, empezó á vacilar, por no saber si tenía más hambre que sed, ó más sed que hambre... ¡Y acabó por morirse, no se sabe si de hambre ó de sed!

Jorge ¡Muy curioso!... Pero, en fin, eso es... arqueología. No dice nada, no me saca del compromiso.

Luc. Desde luego que no. (Mirando el reloj.) Oye, que son las diez. (Poniéndose de pie.) ¿Te vistes ó me voy?

Jorge Sí, voy á vestirme... Aunque la verdad, es que... ¿Tú tienes mucho empeño en ir al Casino?

Luc. No tengo más remedio. Me han de presentar dos ó tres muchachos... partidos probables para mi ahijada...

Jorge (Vivamente.) ¿Para Lina? ¿Pero es que piensas en casarla?

Luc. ¡Y no creas que será facil! Porque Lina no es de las que se enamoran del primero que llega.

Jorge Claro que no.

Luc. Esa, como no tropiece con un hombre excepcional...

Jorge (Orgulloso.) ¡Ah! ¡Desde luego!

Luc. Y la verdad, chico, yo no veo ninguno...

Jorge (Aparte.) ¡Qué tonto es!

Luc. (Paseando ha llegado junto á la mesa y coge el sobre que dejó la noche antes.) Oye: ¿y todavía no has tenido tiempo para guardar esto?

Jorge No me acordé

Luc. Ya sabes: aquí está la contestación á la carta que has de escribirme, cuando tengas decidido...

Jorge ¡Mira... no me hables de eso! ¡Haz el favor! Me pongo nervioso solo de pensarlo... Voy á vestirme.

Luc. (Ha sacado la pitillera.) Sí, date prisa... Oye, ¿quieres un cigarro?

Jorge (Volviendo desde la puerta.) ¡Hombre, sí! ¡Tenía unas ganas de fumar!...

Luc. (Ofreciéndole la petaca abierta.) ¿Blanco ó negro? ¿Rubia ó morena?

Jorge (Vacilando.) ¿Eh? Pues... mira... ¡No sé! ¡No puedo! ¡Prefiero no fumar! ¡Ya ves hasta dónde hemos llegado, querido! ¡Esto es horrible! ¡Horrible! (Vase derecha.)

Luc. (Solo.) ¡Pobre chico! ¡Da lástima! (Frotándose las manos.) ¡Qué bien! Pero, ¡qué bien va esto! (Sale ADOLFO por la izquierda.)

Adolfo Señor Conde... Ahí está Miguel, que quería hablar un momento con el señor.

Luc. ¿Miguel? ¡Ah! ¿El jardinero?

Adolfo Sí, señor.

Luc. ¿Y qué se le ocurre á Miguel? Que pase. (Adolfo hace entrar á MIGUEL y se va.) ¿Qué hay, Miguel? ¿Qué deseaba usted?

Miguel Señorito, vengo del Casino, porque creía que los señores estaban allí, pero el *chauffeur* me ha dicho...

Luc. Pero, bien, ¿qué sucede? ¿Qué se le ocurre á usted?

Miguel Pues... yo le diré al señor... que hace una hora, poco más ó menos, la señorita Lina me llamó y me dió una carta para el señor Conde...

Luc. ¿Una carta para mí?

Miguel (Buscándola en un bolsillo de la blusa.) Aquí está... La señorita me dijo que no se la entregase al señor hasta que volviera á casa... Pero yo he creído que valía más traerla, por si es que sucede algo de particular...

Luc. (Que ha abierto la carta mientras hablaba Miguel. Leyendo.) «Padrino: yo le agradezco á usted mucho todo lo que ha hecho por mí, pero todo es inútil. Mi desgracia no tiene remedio. Hoy mismo quiero irme á Grandville para siempre.» (Hablando, estrujando la carta.) Pero... ¡qué imbecilidad, Señor! ¡Cuando todo sale á pedir de boca! Oiga usted, Miguel. ¿Y hace mucho que le dió á usted la señorita esto?

Miguel Pues ya se lo he dicho al señor. Hace una hora lo menos.

Luc. ¿Y por qué no me la ha traído usted en seguida?

Miguel Mire usted, señorito... Porque tuve miedo de... de... dejarla sola, hasta no saber...

Luc. ¿Miedo?

Miguel Sí, señor. Tenía los ojos... así como de haber llorado... Y una cara de angustia... Y parecía tan preocupada . El señor sabe que yo he visto á la niña así... (Marcando la estatura con la mano á poca distancia del suelo.) Naturalmente... ¡La tiene uno que querer! Por eso, cuando la señorita me dijo... que fuera por un coche... yo, al ver que ella también salía á la calle muy de prisa, pues eché detrás á ver á dónde iba. Porque la verdad, me parecía todo aquello tan ..

Luc. Hizo usted bien, Miguel. ¿Y vió usted á dónde iba?

Miguel Sí, señor. ¡Una cosa que me dejó sorprendido! La señorita se fué calle arriba, según se sale de casa á la derecha... Y cuando llegó á la plaza, se paró en aquella tienda grande... aquella tienda de la música, donde hay un piano que toca solo...

Luc. Sí, ya sé.

Miguel Bueno, pues allí se puso á mirar en el escaparate unos retratos de hombres célebres. Y al poco rato entró y compró uno...

Luc. ¿Retratos de hombres célebres? No lo entiendo. Pero, siga usted. ¿Qué hizo luego? ¿A dónde fué después?

Miguel Después... nada. Se volvió á casa, yo llevé el coche y la señorita le dijo al cochero: «A la Estación», y á mí no me dijo una palabra.

Luc. ¿Qué hora sería entonces?

Miguel Las nueve y media ó tres cuartos para...

Luc. (Vivamente dirigiéndose al velador para recoger la Guía de Ferrocarriles.) ¡Sí, eso es! Hay un tren á las diez y pico... (Hojeando la Guía.)

Miguel ¿El señor no manda otra cosa?

Luc. No; gracias, Miguel, nada. (Miguel se va. Luciano sigue buscando en el indicador.) ¡Vaya un disparate! ¡Y se va sin decirme una palabra!... Grandville... página 27 .. ¡A las seis y quince! ¡Muy bonito! En fin, ¿qué le vamos á hacer? Pero es una broma tenerse que levantar...

Jorge (Por la derecha, vestido ya.) Cuando quieras.

Luc. No... mira, te vas á ir tú solo al Casino. Y le adviertes á Julia que no me espere.

Jorge ¿Cómo? ¿Que no te espere?

Luc. No; yo me vuelvo á casa. Estoy un poco preocupado.

Jorge ¿Qué sucede?

Luc. No, nada... Una carta que me acaban de traer...

Jorge Pero, ¿no es cosa que se refiere á mí? ¿No me interesa?

Luc. (Sonriendo.) No.

Jorge (Tratando de enmendar la grosería.) Bueno... es que .. todo lo que te pueda importar, claro es que me interesa. Por eso lo decía.

Luc. Sí... Ya lo sé. Gracias.

Jorge Y si en algo te puedo servir .. Ya sabes que me mandas; que puedes disponer de mí como quieras.

Luc. No, hijo, no; ¡el que dispone y el que manda eres tú!. . ¡Y no sabes hasta qué punto!

Jorge ¿Yo?

Luc. ¡Como que estoy dispuesto á hacer por ti uno de los mayores sacrificios que se le pueden exigir á un hombre!

Jorge (Sorprendido.) ¿Y es?...

Luc. Levantarme á las cinco de la mañana. ¿Te parece poco?

Jorge Sí que es grande... ¿Y á qué viene ese madrugón?

Luc. (Disponiéndose á salir.) Ya te lo explicaré otro día. Cuando estemos despacio... Por ahora basta conque me lo agradezcas.

Jorge Sí, te lo agradezco. Y todo lo que has hecho por mí... Si te has portado siempre como un hermano... Siempre. Ahora es cuando noto... la verdad...

Luc. ¿Qué?

Jorge Una cosa rara... Me parece que no soy el mismo para ti, que ya no me tratas como á un amigo... Me parece que me tratas, no sé cómo decirlo, como si fuera un chico de seis años. ¿Tan rejuvenecido me ves?

Luc. No, querido; no es eso. ¡El que envejece soy yo! Y no creas... Te va á sorprender... pero es una sensación muy agradable. Ya estoy

casi en edad de ser abuelo. Y lo pienso muchas veces. Cierro los ojos y ya estoy viendo á mis nietos... ¡Unos chiquillos malos, traviesos, insoportables! ¡Pero los quiero ya! ¡Vaya si los quiero! Sólo me falta una cosa para esas pobres criaturas.

Jorge ¿Y es?

Luc. Nada: buscarles padre y madre. Pero eso es lo de menos ya. Es cosa hecha. ¡No; no te asustes, que no estoy loco! Sé muy bien lo que me digo, y lo que pienso, y lo que quiero. ¡Ojalá te sucediera á ti lo mismo!... ¡Conque adiós, hijo, adiós! Que te diviertas mucho en el baile, y hasta mañana, si Dios quiere... No te molestes, no... Ya sé el camino... Que te diviertas mucho, ¿eh? Adiós. (Vase por la izquierda. Jorge se queda inmóvil mirando á la puerta por donde se acaba de ir el otro.) (Entra ADOLFO por la izquierda un segundo después.)

Adolfo ¡Ah! Se me olvidaba decirle al señor... ¿El señor recibió anoche una visita?

Jorge ¿Cómo? Sí... sí .. El Conde... el señor Conde que vino...

Adolfo ¡Ah! Pues entonces una cosa que yo me encontré esta tarde arreglando aquí será del señor Conde seguramente.

Jorge Claro... ¿y qué es?

Adolfo (Sale por la izquierda para recoger el sombrero de Lina que dejó la noche anterior.) Esto.

Jorge (Pausa. Lo toma.) Esto es... un sombrero.

Adolfo (Respetuosamente.) Sí, señor; un sombrero.

Jorge Sí... Adolfo... Me vas á dar... (Deja el sombrero encima de la mesa.)

Adolfo ¿Un consejo, señorito?

Jorge No, el abrigo... Oye, oye, ¿qué libertades son esas?

Adolfo Lo que quiera el señor. Pero, yo lo siento El señor ya no se acuerda de que hace un mes nos pusieron en un compromiso aquellas tres señoras... y ahora... yo creo que tenemos encima otro más gordo... Porque también son tres; pero éstas... éstas... (Suena el timbre de la puerta.) ¿Llaman? Me parece que llaman.

Jorge Sí, hombre, sí: llaman. ¿Qué haces ahí plan-

tado? (Empujándole hacia la puerta izquierda. Adolfo se va. Jorge toma el sombrero de Lina y lo contempla con atención. El actor debe expresar en este monólogo sin palabras, los sentimientos que despierta en él aquella prenda que le recuerda las diversas emociones de la noche anterior.)

(Entra ADOLFO seguido de FERNANDA.)

Adolfo Señorito... es la señora...

Jorge (Al ver á Fernanda.) ¿Usted? (Adolfo se va.)

Fer. Si... No me podía usted esperar, ¿verdad?

Jorge No, señora, no.

Fer. Pues como tardaba usted tanto he dejado un momento el baile para venir á enseñarle una cosa curiosísima.

Jorge ¿Sí? ¿De qué se trata?...

Fer. Nada... Cuatro letras que acaban de traerme entre dos valses. (Entregándole una carta.) Lea usted.

Jorge (Leyendo.) «Señora: Me voy á Grandville para siempre... pero no quiero dejar Saint-Lunaire sin advertir á usted, por si le importa, que Jorge está perdidamente enamorado de Julia. Ya lo sabe usted.—*Lina.*» (Hablado.) ¡Qué raro es esto! ¡Es inexplicable!

Fer. (Irónicamente.) ¿No lo juzga usted con mucha severidad?

Jorge (Reflexionando.) ¡Parece mentira! ¡Y se ha ido... sin decir una palabra! Pero, vamos á ver; por qué se va?

Fer. (Impaciente.) Diga usted, Jorge: ¿es que se está usted burlando de mí?

Jorge No, señora, no.

Fer. ¿Y es eso todo lo que tiene usted que contestar para defenderse?

Jorge ¿Cómo para defenderme? ¿Y quiere usted que yo haga caso de un anónimo?

Fer. ¿Anónimo? Pero si la carta está firmada.

Jorge Es verdad. . sí... está firmada... ¡Luego... ni siquiera es un anónimo! .. ¿Qué importancia puede tener?

Fer. De modo que... ¿no es verdad? ¿No le hace usted el amor á la condesa de Versannes?

Jorge Señora... bien sabe usted que eso... es imposible. Yo no pienso más que en usted... Julia es una buena amiga, como Luciano, pero nada más. Que nos vemos todos los días, en

su casa, ó en sociedad, y la gente... claro...
(Suena el timbre de la puerta.)

Fer. (Alarmada.) ¿Es aquí?

Jorge No. No haga usted caso. No es nada.
(Entra ADOLFO seguido de JULIA.)

Adolfo Señorito... es la señora... (Entra Julia: Adolfo se va.)

Jorge (Consternado.) ¡Ya está, ya!

Julia (A Fernanda.) No... me sorprende encontrarla á usted aquí.

Fer. Ni á mí tampoco verla á usted, amiga mía. Es muy natural.

Julia Y usted .. amigo Jorge, ¿qué opina de semejante casualidad?

Jorge ¿Yo? Dice usted que... ante todo, ¿cómo está usted?

Julia ¿Cómo quiere usted que esté? Intrigadísima, porque acabo de recibir una carta del mayor interés, y vengo á que usted me la explique. (Presentándosela.)

Jorge ¿Otra carta? Pero, vamos á ver; ¿no les parece á ustedes que, de poco tiempo á esta parte, se escribe demasiado?

Fer. Bueno; lea usted.

Jorge (Leyendo.) «Antes de abandonar Saint Lunaire para siempre, quiero advertir á usted que Jorge está locamente enamorado de Fernanda. *Lina.*» (Hablado.) Bueno... ¡Esto es una circular! ¡Esto es un prospecto!

Julia ¿Qué?

Fer. Sí; Jorge lo dice, porque acabo de recibir una carta igual, en que refiriéndose á usted dice exactamente lo mismo... y con la misma firma.

Julia ¿Lina?

Fer. (A Jorge.) ¡No se fíe usted de la niña esa! Es una intrigante muy capaz de comprometerse con tal de... conseguir un marido.

Jorge ¡Señora!... creo... (Va á replicar vivamente, pero lo interrumpe Julia.)

Julia (Exasperada.) Pero, bueno, y á todo esto, vamos á ver. ¿Qué dice usted?

Jorge (Encogiéndose de hombros.) ¿Qué... qué quiere usted que diga? (Aparte.) ¡Que quisiera estar en el Polo Norte!

Julia Y á usted, ¿qué le parece? (Pasando al lado

de Fernanda: queda Jorge á la izquierda de las señoras.)

Fer. Yo encuentro muy natural que todos los hombres se enamoren de usted.

Julia Y yo muy justo que por usted hagan locuras.

Fer. No, de veras, querida. Está usted más joven y más hermosa que nunca este verano...

Julia Este verano, y siempre, es usted la reina de las mujeres elegantes. No hay otra que se vista como usted. ¡Y qué vestido el que lleva esta noche!*

Fer. ¿Le gusta?

Julia Es precioso. Ese tul de plata es una maravilla. ¡Y las aplicaciones de un efecto... ¡Qué nuevo es todo! ¡Y qué original! ¿Quién se lo ha hecho á usted?

Fer. Carlota, siempre. Me tiene muy contenta.

Julia Es que, para usted, ha de trabajar á gusto... Sabe que luce lo que haga.

Fer. Tampoco se puede usted quejar. ¡Ese abrigo es soberbio!... (Jorge ha ido retrocediendo hacia la puerta; de puntillas, pero tropieza en un mueble y al ruído se vuelven las dos señoras.)* ¿A dónde va usted, amigo Jorge?

Julia ¿Cómo? Pero... ¿iba usted á dejarnos con la palabra en la boca?

Jorge Me pareció que no les hacía á ustedes falta... Y por no interrumpir la conversación... (Entra ADOLFO y detrás SUSANA. Jorge interroga al criado más con la mirada que con la voz.) ¿Qué?

Adolfo ¡Nada! ¡Casi nada! ¡Va usted á ver!... (Aparece Susana. Adolfo se va.)

Jorge (Aparte, consternado.) ¡Faltaba esta! ¡Completo!

Sus. (Aparte.) ¡Bien! Carambola de reunión! (Saludando con la mayor tranquilidad.) ¡Tanto gusto!... (Pasa á la derecha, y las otras señoras, se dirigen vivamente á Jorge que está á la izquierda.)

Julia (Aparte.) ¡Qué vergüenza!

Fer. (Como Julia, disponiéndose á salir, violenta, furiosa.) Amigo Jorge... al... invitarnos á tomar una taza de té debiera usted haber previsto ..

Julia ¡Y habernos ahorrado la molestia y la inoportunidad!...

Sus. (Echándose á reir.) ¡Pues no lo toman ustedes poco fuerte! Señoras mías, yo creo que no

hay motivo para enfadarse... ¡Si el corazón de los hombres viene á ser como un vagón de ferrocarril! ¡Hay que estar esperando á cada momento que pueda subir más gente! ¡Por mi parte, celebro mucho el honor de que hayamos viajado juntas.

Fer. (Con desprecio.) Supongo que no tendrá usted la pretensión de creer que le vamos á contestar..

Sus. (Dirigiéndose á ella violentamente.) ¡Oiga usted... señora!...

Julia (Interponiéndose.) ¡Vamos, Fernanda! ¡Vamos de prisa, que tengo prometido el cotillón!

Fer. (A Jorge.) ¡Y á usted, caballero, bastará con suplicarle que desde hoy renuncie á poner los pies en mi casa!

Julia Lo mismo tenía que decirle yo. ¡Tal para cual! Vamos, querida, vamos. (Salen. Susana se queda mirando á la puerta con ganas de decirles algo.)

Jorge (Aplanado, inmóvil. Luego reacciona.) ¡Bueno! ¡Bien! ¡Todo resuelto! ¡Ya no hay duda! ¡Ya no hay que elegir! ¡Ya no hay que preocuparse!... Ya...

Sus. (Acercándose á él cariñosa, llena de compasión.) ¡Lo que ya no hay es vergüenza! ¡Pobre Jorge!... Créeme, lo siento... ¡Si yo lo sé!... A buena hora se me ocurre subir á darte las buenas noches... (Con mucho mimo.) Pero... la verdad... yo no quería que siguiera nuestro enfado de ayer. ¡Necesitaba que hiciéramos las paces! ¡Porque yo te quiero mucho, Jorge! ¡De veras! ¡Te quiero!

Jorge Y yo á ti también. Porque lo mereces. Y te lo voy á demostrar. (Exaltándose por grados.) ¡Ea! ¡Desde hoy se acabaron los quebraderos de cabeza! (Pausa breve.) Mira, y pensándolo bien, cada vez estoy más contento.

Sus. ¿Pero por qué?

Jorge Porque acabo de decidir una cosa.

Sus. (Exagerando la nota de admiración.) ¿Tú?... ¿Que has decidido tú algo?... ¡No gastes bromas! (Termina la frase con una palmadita en la cara.)

Jorge Sí... ¡Desde hoy tú y solo tú! Te voy á dedicar mi vida... Por completo... en absoluto. Eso es... mi corazón... mi fortuna... todo es tuyo.

Sus. (Con mucha calma.) De modo que tu vida... tu fortuna... Pero vamos á ver... ¿lo dices en serio?

Jorge Y tan en serio.

Sus. ¿De veras? ¿Conque yo y solo yo?...

Jorge Sí, mujer, sí. ¡Lo más cómodo! ¡Lo más tranquilo!

Sus. ¡Ah! Pues entonces mira, vamos á hacer un trato: Una combinación que te va á parecer una simpleza; pero no te rías, porque tiene todas las de la ley: premeditación, alevosía y ensañamiento.

Jorge Explícate.

Sus. Oye, de hoy en adelante no te voy á pedir un céntimo.

Jorge ¿Quieres que te lo dé yo sin que me lo pidas?

Sus. Espera... Pero, en cambio, te vas á comprometer á regalarme un hermoso cheque de cincuenta mil... el día de tu boda... Sí, el día de tu boda. Y no me pongas esa cara de asombro... que sé muy bien lo que hago: el gran negocio. Porque, no lo dudes, querido, á ti... ¡A ti te *colocan* la epístola de San Pablo antes de Navidad!

Jorge ¡Pero, hija de mi alma... te has vuelto loca!

Sus. No digas tonterías. ¡Si te vengo observando desde hace mucho tiempo! ¿Conoceré yo á los hombres? Pues, mira, es una cosa infalible: cuando los hombres se cansan de los disgustos y de los compromisos que traen las mujeres... ¿sabes lo que hacen? Pues yo te lo diré: se casan.

Jorge (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡De remate! Pero mujer, aunque fuera yo capaz de semejante locura... para eso hace falta, lo primero... *eso*, haber perdido el juicio, y lo segundo, lo principal...

Sus. ¿La novia? No te preocupes. La novia ya llegará cuando menos te lo esperes Saldrá por escotillón, ó te caerá por la chimenea, ó entrará por la ventana, ó...

Jorge (Da un salto.) ¿Qué, por la ventana? ¿Y por qué ha de ser precisamente por la ventana? ¿Qué significa eso?

Sus. (Sorprendida.) Pero, hijo, ¿qué te pasa? Me has asustado.

Jorge Nada, no... Pero eso de la ventana, eso es absurdo, eso no tiene sentido común.

Sus. (Mirándole con aire de compasión. Aparte.) No cabe duda: es cosa perdida. (Alto.) Oye, lo mejor que podíamos hacer es irnos al Casino. (Va á la ventana y la abre. Se oye «muy lejos» la música de un vals, que no cesa hasta que se indica en la escena siguiente.) ¿Qué, vamos?

Jorge No; prefiero quedarme aquí. Estoy muy nervioso.

Sus. Bueno; pues entonces luego vendré á contarte lo que se murmura. Porque supongo que habrá comentarios...

Jorge Sí, eso es... Ven... Ahora no conviene dejarme solo, porque cuando estoy solo... es cuando puede venir alguien.

Sus. (Aparte.) ¡Ya no sabe ni lo que dice! (Vase Susana.)

Jorge (Solo.) ¡Qué bien! ¡Todo resuelto! Ahora... me quedo aquí tan tranquilo... ¡Gracias á Dios! (Se dirige á la puerta de la izquierda y sacando el brazo en busca de los conmutadores eléctricos, apaga todas las luces de la lámpara menos una.) ¡Qué bien! ¡Estoy contento! ¡Sí, señor! (Con menos convicción cada vez.) Muy contento... mucho... (Se sienta.) Bueno... ¡Y el caso es... que á pesar de todo me parece que no estoy tan contento como creo yo que lo debiera estar... (Mirando á la ventana.) ¡Qué valsecito ese!... No se acaba nunca. (Se levanta y llega á la ventana.) ¡Cómo se divierten!... ¡Egoistas! ¡Y yo aquí solo!... (Suena el timbre de la puerta, pero Jorge no lo oye. Cierra la ventana y deja de oirse la música.) Es decir, solo no. (Se dirige á la mesa y contempla el sombrero de Lina.) Porque me haces compañía tú, ¿verdad? ¿Y qué dices tú á todo esto? (Aparece LINA en la puerta y se queda inmóvil en el umbral. Lleva un vestido sencillo de viaje (1) y trae un saquito de mano, que deja al entrar; al ruido de sus pasos Jorge se ha vuelto.) ¿Usted?

Lina (Un poco pálida, pero resuelta.) Sí.

Jorge ¿No se fué usted?

Lina Sí.

Jorge ¿Cómo... qué se ha ido usted?

---

(1) Un sencillo velo ó una gorrita de viaje. Nada de sombrero.

Lina He ido á la estación... He subido al coche... Salió el tren...

Jorge Pero entonces...

Lina ¡Ah! Es que yo bajé antes que saliera. Y vengo á pedirle á usted perdón... sí... porque antes de irme, hice una cosa que... que no está bien... He escrito dos cartas...

Jorge Sí, ya lo sé. (Friamente.)

Lina ¿Lo sabía usted? ¿Y no está usted furioso contra mí?

Jorge (Con mucha tranquilidad.) Sí, señora, sí... Estoy furioso. Lo que ha hecho usted, no tiene nombre.

Lina Es verdad, sí. Yo le aseguro á usted, que si las cosas se pudieran hacer dos veces..

Jorge Ya lo supongo, ya...

Lina ¡Esa, la volvería yo hacer doscientas!

Jorge No está mal.

Lina Sí, señor. Yo quería separarle á usted de esas mujeres: romper esas relaciones... Irme sin conseguirlo, hubiera sido para mí una vergüenza.

Jorge ¡Pues ya no tiene usted que avergonzarse de nada!... Bueno, ¿y á eso le llama usted pedirme perdón?

Lina Sí, además tenía que suplicarle otra cosa... mucho más grave...

Jorge ¿Más grave?

Lina Sí... Que olvide usted lo que hablamos esta mañana... Aquella confesión que yo le hice á pesar mío... Debe usted olvidarla, porque no es verdad.

Jorge ¡Ah!... Bien, está bien. ¿De modo, que no me quiere usted?

Lina No.

Jorge Está usted en su derecho, sí, señor... puede que sea mejor así... Pero, francamente, yo creo que decirle á uno por la mañana que se le quiere y por la noche que no se le quiere... la verdad, no me parece muy correcto... Acaba uno por no saber ya lo que piensa. Y entre tanto, la señorita se burla de todo el mundo... sube al tren, baja del tren; se pasea por la estación... No, señora, no: eso no es correcto.

Lina Ya sabe usted que la sinceridad suele ser

enemiga de la corrección. Claro, nos pasamos la vida disimulando, mintiendo... y todo el mundo se asusta cuando se hace ó se dice algo con franqueza... (Pausa. Como recordando lo que trae pensado decir.) pero, yo no podía, no quería dejar á usted en el error en que está, como está todo el mundo al juzgarme. Todos se equivocan. (Siempre como recitando una lección de manera muy afectada y falsa.)

Jorge No entiendo lo que me quiere usted decir.

Lina (Llena de confusión y vergüenza.) Es... muy duro. pero no hay más remedio. Yo... no soy la niña inocente qué todos creen. No, no me merezco el respeto ni la estimación de nadie Yo he querido á un hombre...

Jorge ¡Lina!

Lina Sí, señor, con locura, olvidándándolo todo por él... («Muy exagerada» la expresión y el tono.)

Jorge ¡Miente usted!

Lino ¿Se atreve usted á insultarme?

Jorge ¡Ah! ¿De modo que la insulto porque me niego á creer que sea usted una cualquiera?

Lina ¡Una cualquiera! Vamos, sí; para usted no tienen derecho á hacer locuras más que las señoras casadas. Porque tienen alguien á quien poder engañar. ¿No es eso?

Jorge Sí... digo, no, no... ¡No sé lo que me digo!

Lina Pues yo no puedo tener esos escrúpulos, soy una artista, hija de artista, soy libre y hago de mi libertad...

Jorge Bueno; eso no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando. Usted no trata más que de cambiar la conversación, porque le da vergüenza lo que me acaba de confesar.

Lina (Esforzándose para sostener su papel de mujer cínica.) ¿Vergüenza? ¿Quiere usted que se lo repita? ¿Quiere usted?

Jorge No, es inútil.

Lina ¿Por qué?

Jorge Porque no lo creo, porque no lo había de creer nunca.

Lina ¿Y si yo se lo pruebo? ¿Quiere usted pruebas? Pregúnteme usted.

Jorge (Con desdén.) ¿Yo? ¿Quiere usted que yo?... ¡Nunca! ¡No faltaba más! (Pausa.) ¿Y cuando sucedió esa pretendida aventura?

Lina (Como recitando la lección que tiene aprendida.) Hace dos años, en Grandville... en el mes de Junio... El venía á cazar...

Jorge (Interrumpiéndola vivamente.) ¿En el mes Junio? ¡En el mes de Junio no se caza! ¡Es época de veda, hija mía!

Lina (Confusa pero resuelta.) Bueno, él decía que venía á cazar, pero venía por mí. *Había alquilado una casita, mire usted, á la entrada del Camino Viejo, con un jardín lleno de rosales y unos manzanos en la puerta, cuatro, eso es, cuatro, todos iguales.

Jorge Sí... No habla usted más que del exterior... Pero usted no puso los pies en esa casa nunca.

Lina ¿Que no? Mire usted, á la derecha, un armario de nogal, unas sillas tapizadas, á cuadros verdes y blancos, un reloj de pared con la péndola en forma de barquito...

Jorge Sí, sí... Veo que se acuerda usted de todo... ¡Como si lo hubiera visto! Esos son recursos de poeta que no convencen á nadie, amiga mía...* (Irónicamente.) ¿Conque... «venía por mí, eh»? Pues mire usted, yo creo que ese señor no ha venido todavía, que no ha llegado aún. ¡Yo sigo creyendo que ese señor, no existe!

Lina ¿Que no existe?

Jorge No señora, no existe.

Lina ¿Conque no? Pues mire usted, ahí está.

Jorge (Se vuelve á mirar á donde le señala, sorprendido.) ¿Dónde?

Lina El retrato, claro... ahí en el bolso. Abralo usted mismo y lo verá.

Jorge (Saca del bolso un retrato, y dice contemplando la fotografía.) ¿Quién es éste?

Lina El...

Jorge ¡Pero... si yo esta cara la conozco!

Lina (Aparte.) ¡Ay!

Jorge No recuerdo ahora... pero yo lo he visto... estoy seguro de que lo he visto.

Lina Pues *ya ve usted* cómo es verdad.

Jorge (Exaltándose cada vez más.) ¿Es decir... que hay un hombre... hay un hombre que se atrevió á decirle á usted que la quería?

Lina Sí, señor, sí; muchas veces...

Jorge (Amargamente, con desaliento; más que hablar, piensa en alta voz, interrumpiéndose, unas á otras las ideas.) ¿Y es posible que usted... mi compañera, mi amiga, ¡la única mujer!... la única?.... (Pausa. Con gran exaltación.) ¡Y si yo le dijera á usted que no he sentido nada en la vida como el desengaño este!... ¡Que yo no he sufrido más... por nada ni por nadie!... (Sonriendo con ironía.) ¡Necio! ¡Ridículo!... ¡Yo, que llegué á pensar... yo que me hacía la ilusión!..

Lina Hacía usted mal.

Jorge ¡Y tan mal! (Pausa. Aparte.) ¡Pero, si no es posible! ¡No!... A probarlo. (Alto.) ¡Y cuánto se habrá usted reído de mí! Hasta hoy... Pero, prometo la enmienda... Ahora ya sería muy ridículo seguir callando, por respeto... Ahora ya, ¿por qué no he de decirle yo también que me gusta?

Lina ¡Pues, dígalo usted!

Jorge ¡Que para mí es usted la mujer más hermosa del mundo!

Lina ¡Pues, dígalo usted, dígalo!

Jorge (Acercándose á ella.) ¡Que yo la quiero más que nadie, y tengo más derecho que nadie!... (Pretende abrazarla)

Lina (Da un grito y lo rechaza violentamente.) ¡Oh! (Si la actriz está en situación sobran las palabras. Lo que diga estará bien.)

Jorge (La frase es una explosión de alegría.) ¡No era verdad! ¡Si lo sabía yo! ¡Si estaba seguro! ¡Si no era posible que fuese verdad! (Lina baja la cabeza y calla.) *Bromas todo: La casita llena de manzanos... el jardín con los cuatro armarios iguales en la puerta... el reloj á cuadros verdes y blancos...* No... era ese sombrerito el que tenía razón... Lo demás, mentira todo... Pero... ¿y el retrato? (Coge la fotografía.) Vamos á ver, diga usted; ¿quién es este? (El actor deberá estar á la izquierda de Lina para el juego escénico.)

Lina ¡Déjeme usted!

Jorge Y yo conozco esta cara. Sí, estoy seguro... ¿No quiere usted decirme quién es?

Lina No... (Más con el gesto que con la voz.)

Jorge (Guardando la fotografía.) Está bien. Yo lo averiguaré. Preguntaré á todo el mundo, en el

Círculo, en el teatro, en todas partes... Y cuando sepa quién es este buen señor...

Lina No... Prefiero decírselo... Es... es... no recuerdo cómo se llama.. el autor de *La Boheme* y de *Tosca*.

Jorge ¡Ah! ¡Vamos! ¡Ya!... Claro; lo he visto en los periódicos mil veces. ¿Y quería usted hacerme creer?... Pero, explíquese usted, Lina. ¿A qué ha venido inventar esa historia? ¿Qué se proponía usted?

Lina No sé... Quiero irme, déjeme usted que me vaya...

Jorge No, ahora ya no... ¡Es preciso que yo comprenda, que yo vea claro en usted... en mí!

Lina Ya no puedo esperar. No tengo tiempo.

Jorge Sí, sí tiene usted tiempo... Espere usted... Vamos á verlo... (Toma la «Guía».) ¿El último tren, verdad?

Lina (Procurando impedir que busque la hora.) No, si es inútil...

Jorge Sí, sí... Ya tengo la página. El último tren sale... ¡Pero, si ya no hay ninguno! ¡Si el último es el de las diez!... ¡Pero... entonces... entonces!... ¿Qué ha hecho usted? Ya no puede usted ir á su casa... Todos creen... lo que ha dicho usted... Tampoco puede quedarse aquí... ¿Sabe usted lo que ha hecho? (Fuera de sí.) No, esto no tiene nombre. Acabará usted por dar la razón á los que dicen...

Lina ¿A los que dicen, qué?...

Jorge ¡A los que dicen que obra usted por cálculo!... ¡Que sólo trata usted de comprometerse, con tal de conseguir un marido!

Lina ¿Yo? (Y los sollozos no la dejan continuar.)

Jorge Lina, comprenda usted... Yo no digo...

Lina (Sobreponiéndose con esfuerzo supremo.) ¿Y ha podido usted repetirlo? ¡Usted! Pues con esa palabra, con esa duda... acaba usted de romperlo todo... Para siempre...

Jorge No...

Lina ¡Si no tiene usted la culpa!... ¡Si comprendo que haya usted podido pensar eso de mí!.. ¡He obrado locamente, sin saber, sin prever!

Jorge Lina, óigame usted; pero, si al fin...

Lina ¡No, calle usted! ¡Déjeme usted que se lo diga todo! Me iré luego, no me volverá us-

ted á ver... Pero yo no quiero que tenga usted esa idea de mí, que conserve usted de mí ese recuerdo. ¡No! ¡Si es mil veces más humillante que la verdad! Y la verdad la sabe usted... se la confesé yo. Y yo me acordaba de sus confidencias... Y creí, porque usted lo había dicho, que podría usted quererme cuando me dejase de respetar. Eso es todo. Por eso inventé esa historia que ahora me avergüenza. Cuando la decía, estaba temiendo que usted no me creyese... ¡Y temblaba ante la idea de que pudiera usted creerme! Y combiné mis pobres mentiras, como pude, sin pensar en otra cosa, sin pensar en lo que fatalmente había de suceder... ¡En que lo perdía todo! Ahora ya lo veo, ya no puedo ser la misma para usted... ¡Ya no es posible que tenga confianza en mí!...

Jorge ¡Lina! (Oye ruído de pasos en el jardín. Es SUSANA que vuelve.) ¡Calle usted! (Se dirige á la ventana y la abre. Se oye á lo lejos la «Berceuse de Fauré» ó una melodía que á juicio del Director de escena sea apropiada á la situación, hasta el fin del acto.) Sí, es un amigo, que tenía que venir. Voy á despedirlo y vuelvo.

Lina (Se deja caer en el diván.) ¡No puedo más!... ¡Si no era posible! ¡Hubiera sido tan feliz! Me muero de cansancio... de pena... de vergüenza... Sí, olvidar... olvidarlo todo. (Su voz se va debilitando, deja caer la cabeza poco á poco en los almohadones.) ¡Jorge!... ¡No!.. ¡Para siempre!... (Sus ojos se cierran; un rayo de luna entra por la ventana.)

Jorge (En voz baja) Lina, perdóneme usted... Se ha dormido la pobre criatura, rendida... (La mira un instante con profunda emoción, y luego se sienta, coge un pliegüecillo de papel y escribe.) «Mi querido Luciano: Tranquilízate. Lina está en mi casa. Se ha dormido en el diván de mi cuarto, y está más hermosa que nunca... ¡Si la vieras!... ¡He sido un loco, un imbécil!... Pero ella me quiere. Sí, estoy seguro. Como lo estoy de que tú me concedes su mano. ¡Ya verás cómo sé hacerla feliz.» (Buscando con la mirada.) Un sobre... ¿Dónde hay un so-

bre? (Al ver la carta que dejó Luciano.) ¡Ah! ¡La famosa carta de Luciano! Ahora ya la puedo abrir.. ¡Porque más decidido de lo que estoy!.. Y sobre todo, que ya... ¿Qué me importa?.. ¡Pobre Luciano! ¡Qué cara va á poner cuando lo sepa!... ¡Qué sorpresa le vamos á dar! (Ha roto el sobre y lee.) «Mi querido Jorge: Sí, con toda el alma te lo digo: serás el marido de Lina y estoy seguro de que seréis felices.» (Ha ido leyendo con asombro creciente la carta: levanta la cabeza y se queda mirando al público.) «Postdata: ¡Hombre, no pongas esa cara de tonto » (Da algunos pasos para retirarse, pero se acuerda de la carta de Luciano y vuelve, la deja sobre las rodillas de Lina, y después de colocar sobre sus pies una cubierta, con el mayor cuidado para no despertarla, muy despacito retrocede, sin hacer ruído. En voz muy baja.) ¡Lina... yo te adoro! (Y sale de puntillas mientras cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras teatrales de Antonio Sotillo

La argelina, zarzuela en un acto, música del maestro Bellver. (1) (Agotada.)

La corte de Transmania, zarzuela cómica en un acto, música del maestro Lope. (1) (Agotada.)

La dama roja, zarzuela en un acto, en verso, música del maestro Chapí. (1)

Luz en la fábrica, zarzuela en un acto, música del maestro Úbeda. (1)

Palabras de los hombres... comedia en un acto, traducción de Alfredo de Musset.

El amo, comedia en tres actos, adaptación de «Les plumes du geai» de Juan Jullien.

La nota de color, comedia en un acto, adaptación escénica de un capítulo de novela de la Sra. Condesa de Pardo Bazán.

El asno de Buridan, comedia en tres actos de Roberto de Flers y G. A. de Caillavet.

El abanico, comedia en cuatro actos de los mismos autores.

La edad de amar, comedia en cuatro actos de Pedro Wolf.

La casa en orden, comedia en cuatro actos, traducción de «His house in order» de Arturo G. Pinero.

---

(1) En colaboración con Juan Bta. Pont.